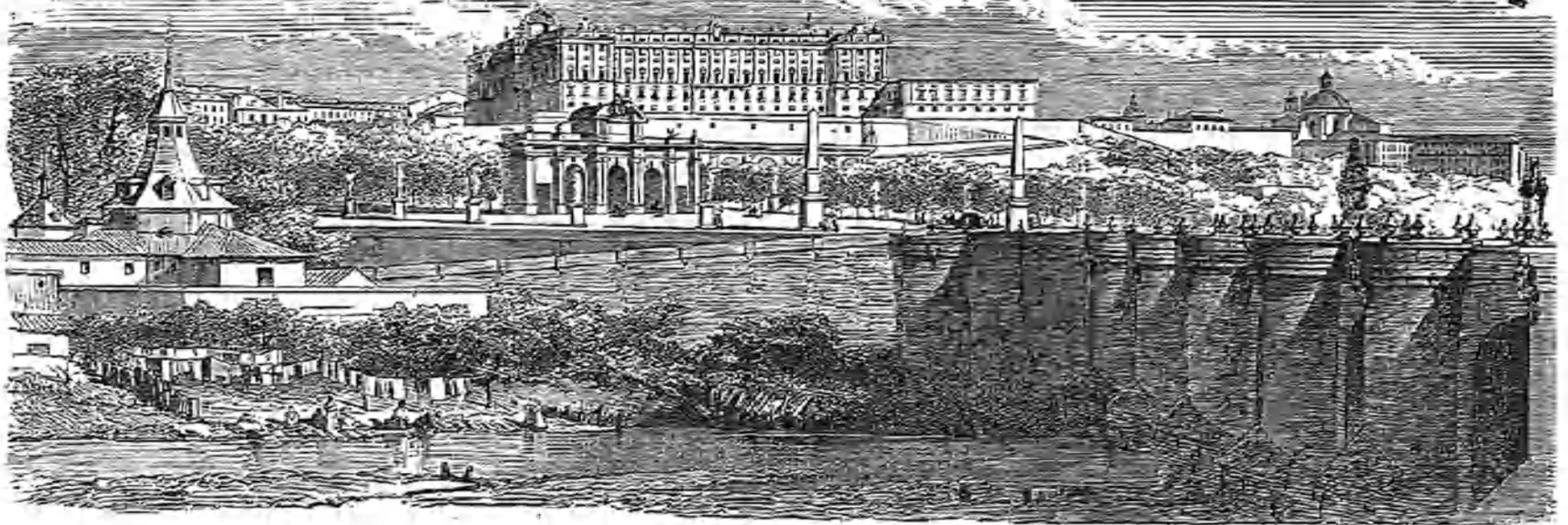


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 31.

### SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Excursiones castellanas, por D. Ricardo Becerra de Bengoa.—La almoneda, por E.—El faro del Caballo.—Mesa recueta, por D. Eugenio de Ochoa.—Las siete casacas, por D. Perceval Garcia Casanova.—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya (conclusion), por X.—¿Qué es mucha abaraca poco aprieta, por D. Francisco Pérez Eschaurría.—Bibliografía española, por D. Florentio Jannet.—Viaducto de la calle de Segovia, por X.—Modas, por doña María del Pilar Simón de Marco.—Borrascas en el mar del Norte, por X.—Explicación del figurín de modas, por E.

GRABADOS.—Excmo. señor marqués de Sardená, dibujo de don A. Pérez.—Insurgencia del viaducto de la calle de Segovia (Madrid), dibujo de D. J. L. Felicer.—Perfil del viaducto de la calle de Segovia (Madrid), dibujo de D. Eugenio Barron.—Faro del Caballo (Santander), tomado de una fotografía del Sr. Laurent.—La almoneda, dibujo de D. Francisco Domingo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Una borrasca en el mar del Norte, cuadro de D. Rafael Montano, dibujo del mismo.—SS. MM. los emperadores del Brasil, dibujo de D. A. Pérez.—Figurín de modas, dibujo de D. Daniel P.

na, dos gitanas, de las muchas que al aire libre dan las funciones que Mr. Cazeneuve ó Mad. Anginet dan en nuestros teatros, se acercaron á dos jóvenes conocidas de la población, y después de decirles la *buenaventura*, les hicieron creer que por medio de cierto filtro obtendrían una gran fortuna.

Les dijeron que rezando algunas oraciones á la Santísima Trinidad y á los Santos Reyes, llevando una moneda de cinco duros en cada mano y en cada pié, se les presentaría un caballero montado en un soberbio alazan, con herraduras de oro y riendas de brillantes, el cual aparecido las traería un dote de princesas.

¿Qué era preciso para fabricar este filtro? Casi nada. Unos cuantos miles de reales; que hoy como ántes los encantamientos de amor se hacen y se rompen con el dinero.

Las jóvenes, ya se ve, *probecitas*, ahí se encuentra un novio de esas circunstancias todos los días: dieron los pocos cuartos que tenían ahorrados, y que hubieran sido gastados en polvos de arroz, vinagrillo de tocador y otras recetas contra la naturaleza y la hermosura; pero en vano: ni el caballero, ni el dote, ni las gitanas han parecido.



EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE SARDENÁ.

### ECOS.

Acababa yo de afirmar en mi última revista que nosotros los felices séres del siglo XIX no creemos en la magia, cuando hé aquí que un hecho vino á probarme lo contrario. Siempre me sucede lo propio: no hay afirmación que yo haga que resulte con fundamento, ni profecía que se cumpla, ni esperanza que se me realice. Como al desdichado de quien habla un cuento chino, las rosas se me vuelven hortigas y los diamantes carbones.

Fues es el caso, que en una ciudad importante de Espa-

Lo único que hay en el mundo eterno, inmutable; lo único que resistió á todas las revoluciones sociales, que se sucede de generación en generación con idénticas costumbres, idioma, sentimientos y fisonomía, es el gitano.

Las leyes le han asepuído siempre al rostro con desprecio, los hombres le han negado el nombre de prójimo, las poblaciones le arrojan de sí, la sociedad, en fin, le repela, le humilla... y le teme.

La vida del gitano es un viaje sin descanso; su madre le parió en un des poblado, cuando ella y sus compañeros iban, como siempre, perseguidos por la justicia. Pucato desde el nacer fuera de la ley, aprendió á despreciar á la sociedad y la despreció el mismo desde que sobre él lanzaba. Viviendo siempre en el campo bajo un toldo de lienzo,

junto á las poblaciones, como la zorra que hace su madriguera al lado de los gallineros, la astucia es su fuerza y el robo su pasión y su oficio; y en lucha incesante con la sociedad la considera y trata como á un enemigo contra el cual son lícitas todas las agresiones y todas las asechanzas. Así vive y muere vagabundo de rancho en rancho y de lugar en lugar, con su ajuar al hombro y llevando sus hijos de la mano: su única posada es la cárcel, y cuando muere, sus compañeros hacen un hoyo junto á su cadáver y lo entierran sin que allí quede señal ni rastro, como se entierran los cuerpos que jamás han encerrado un alma.

La sociedad, por su parte, tampoco se acuerda que existe y vive dentro de ella misma una raza, dividida en innumerables tribus, diseminada en infinitas familias, que vive inconscientemente en el seno del vicio y del delito, refractaria á los adelantos de la civilización, insensible á las revoluciones, indiferente á la ruina y resurrección de los imperios, rebelde á toda ley y desligada de las gentes de otro color y de otra raza. Algunas vez vemos, con ojos asombrados, cruzar delante de nosotros por calles y plazas una mujer de aspecto extraño... Ni es alta ni es baja: su tez es bronceada, le caen por las sienes hasta las mejillas dos ríbos de ondulantes cabellos de un negro mate que lanzan reflejos azulados cuando al mover la cabeza los sacude voluptuosamente. Ajusta su breve talla con un corset de pana negra, y viste falda acampanada de tela roja. Anda con la ligereza de la corza, y sus movimientos, y sus palabras y sus gestos tienen una atracción y una gracia irresistibles... Si nos mira con sus hermosos ojos de azabache sentimos despertar y rugir las pasiones dentro de nuestro pecho, y si los abre... y los entorna... y los cierra... creemos que de ellos sólo viene la luz que baña el mundo, pues pasamos en un instante del relámpago á las tinieblas. Todo en ella respira amor y placer; pero amor y placer que baña esa sublime melancolía de los desterrados. Canta, y el alma asoma á los oídos por sacudirla; baila, y formamos corro embalsados; nos habla, y sabiendo que ha de engañarnos, la dejamos hablar y que nos engañe. Es el pájaro que canta su libertad de cama en rama; es la hoja del árbol que va sin saber á dónde, arrastrada por el viento; es la mariposa que va dejando el oro y los colores de sus alas entre las manos de sus perseguidores; es la mentira que se ha hecho mujer y conoce el lenguaje de las estrellas y descifra las inscripciones que el destino nos graba al nacer en las palmas de las manos; es, en fin... la gitana.

Si, la civilización, esa lima que todo lo gasta, se ha mellado en el gitano; esa fuerza que ha cambiado la faz de la sociedad y del mundo, no ha podido cambiar ni la forma de su puntagudo sombrero, ni del ancho cuello de su camisa. Las gallinas que se ponen al alcance de su mano están hoy tan poco seguras como en los tiempos de Farson y de los moriscos españoles. Pasarán los siglos y vendrá el fin del mundo, y ese día, si la gran catástrofe no ocurre muy de mañana, ya habrá el gitano robado y esquilado su cotidiano burro. ¿Todo cambia, todo muda, todo pasa ménos el gitano?

\*\*\*

Estuve, en efecto, en el baile dado por la Sociedad de Escritores y Artistas, y yo no diría ni una sola palabra sobre una fiesta hace tantos días celebrada, si no lo hubiera así ofrecido en mis pasados *Seos*. Mas ¿que importa? Hablar de un baile de máscaras que fué, es lo mismo que hablar de los que no han sido aún y serán. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que este baile se diferencié mucho de los demás de igual índole, y principalmente en que no se bailó.

Yo comprendo perfectamente que no se baile en cierta clase de bailes. El baile entre gentes cultas es sólo un pretexto. En la alta sociedad bailan los diplomáticos, es decir, las naciones; los títulos, es decir, la nobleza; los generales, es decir, el ejército; los empleados, es decir, la administración. Ved aquel general cargado de cruces y medallas, que deja asomar entre la camisa y el chaleco, á manera de prenda de abrigo interior, una banda de múltiples colores, arco iris de sus pasadas batallas; ¡cuán respetable, cuán severo y digno es ad rostro cubierto de gloriosas cicatrices! ¡cuán feramente recuerda sus ligotes chamuscados por la pólvora! Pues, ¿haría nuestro héroe contorsiones tan ridículas bailando ese sigodon con aquella embajadora, si no creyera tranquilizar así en sus temores de ser conquistada por él á la nación que su ilustre pareja representa? Cada vuelta que da con ella, cada cortesia que lo hace es una garantía que ofrece, una seguridad que otorga en favor de la autonomía é independencia de la nación con quien baila. Es de suponer razonablemente que á no estar convencido de que llena bailando una misión

sublime, no haría gestos y ademanes tan grotescos y tan extraordinarios. Resulta, pues, que las personas de buen tono no bailan por bailar, sino por deferencia á las demás. En un baile público donde las señoras tienen el rostro cubierto, nadie que vea en la danza algo más que una serie de piruetas ó un simple ejercicio gimnástico, puede lanzarse á valsar sin mengua de su decoro.

Comprendo, por lo tanto, que no se baile en ciertos bailes públicos; pero ya que esto va haciéndose costumbre, propongo que la orquesta, en vez de tocar polcas, habaueiras y redowas, ejecute algunas piezas del repertorio de los buenos operistas. No haya bailes sino conciertos de máscaras.

—Pero, ¿ha visto Vd. cosa más insulsa é irritante? me decía aquella noche uno de los dignos individuos de la orquesta del baile, después de haber soltado su complementario instrumento. ¿A qué vienen aquí esas gentes? ¿A qué venimos nosotros á este sitio? ¿Por qué llaman baile á esto? ¿Quién les da derecho para altrajarnos de ese modo? ¿Usted no sabe cuán amargo es para un artista serlo el verse maltratado por un público caprichoso é informal? Hoy he estado cien veces á punto de guardar mi violín para no volver á tocarlo jamás, y que su caja le sirviera de ataud. Desde el principio de la fiesta estamos aquí polca viene, mazurca va, variando los tonos, mudando los compases, cambiando de autores, templando y destemplando los instrumentos, abrazados á ellos, vertiendo gotas de sudor, agitados por la desesperación y el genio, y nada, nada les gusta á esos señores, nada les hace perder la rigidez de sus pantorrillas... ¿No cree usted, con franqueza, que los músicos hacemos aquí un papel muy desairado?

—La verdad es que el público está poco deferente con Vds., contesté al desventurado rival de Paganini.

—Y vea Vd. lo que son las cosas: seguro estoy, prosiguió, de que la mayor parte de las personas que hay en el salón está rabiando por bailar; pero... el qué dirán, el querer darse aires de gentes distinguidas les paraliza las piernas cuando, arrebatados por las olas musicales de la orquesta, van á lanzarse en vertiginosos círculos sobre la alfombra.

—Tiene Vd. razón, pero hay que respetar las preocupaciones del público.

—Es verdad. Así es que yo cerraba los ojos y tocaba, haciéndome la ilusión de que las parejas cruzaban ante mí, enlazadas amorosamente, ardientes, revueltas, infatigables, admiradas... aplaudidas...

—Después de todo, le interrumpí, hay todavía en estos bailes sin baile otros funcionarios que hacen un papel aún más triste que el de Vds.

—¿Quiénes? No comprendo.

—Hombre, ¡quiénes han de ser? Véalos Vd. allí... inmóviles, aburridos, avergonzados de su inacción, véalos usted allí... ¡los bastoneros!

En el baile á que me refiero había dos personas vestidas de moro, con trajes sencillos de un carácter verdaderamente oriental: no llevaban careta; sin duda se creían bastante disfrazadas y no esperaban ser conocidas.

Al principio no faltó quien les creyera máscaras; pero después se cayó en la cuenta de que eran moros real y efectivamente, tan legítimos, por lo ménos, como los que suelen vender dátiles en Madrid.

Sin embargo, la generalidad les creía hombres de buen humor que habían adoptado aquel traje en atención á las circunstancias. No es extraño; un moro con su traje habitual en un baile de máscaras, se parece á cualquiera ménos á sí mismo.

Estos dos moros, según mis noticias, son ricos é ilustrados comerciantes de Tierra Santa. Desearo conocer nuestras costumbres sociales, habían ido aquella noche al baile de la Ópera.

Una máscara de capuchón se acercó á ellos y les preguntó con tonillo burlón.

—¿Cómo os encontráis, maritos, cómo os encontráis?

—Muy bien, hijo, muy bien, contestó uno de ellos; ¡cómo si estuviéramos en Belhem!

He aquí que este año no ha querido vestirse el cielo su traje de sol y colores de otras veces, y se nos ha venido en domingo de Carnaval, con un capuchón gris, triste y de mal gusto.

¡El cielo! Ved la primera máscara del Carnaval, el director y presidente de las locuras humanas de estas

señales. Él da la señal de la fiesta, y si aparece con su traje de luz, la humanidad en vistosas y animadas mascaradas, con disfraces espléndidos y alegres, se precipita por calles, plazas y paseos llena de frenética alegría; pero si sale á regir el Carnaval con un dominó de nubes, salpicado de cuentas de cristal que el viento hace caer en copiosa lluvia, ved como hasta el hombre más falto de sentido común y ménos grave deshace su traje de Pierrot ó de diablo, y renuncia á ser loco en los tres días del año en que la sociedad le permite vivir sin seso.

Era domingo de Carnaval, y sin embargo llovía; apenas cruzaba una máscara por las calles; no se oía el grito tradicional de *¡te conosco!* ni se veía chico alguno correr tras de los perros sacudiéndoles vejigazos; alguna estudiantina tocaba su música ratonil improductivamente, pues los balcones y ventanas de la población estaban desiertos. Nunca se había conocido tanta cordura y sensatez en el bullicioso vecindario de Madrid. El Carnaval se había venido sin máscaras.

Peró, ¡oh fuerza de la costumbre! Allí en el Prado, desde la fuente de Cibales al paseo de Atocha, se veía una larguísima fila de carruajes tirados por sus correspondientes troncos, y ocupados por damas y caballeros curiosos; carruajes que avanzaban y retrocedían y daban vueltas como en los hermosos días de Carnaval en que las máscaras llenan aquel paseo. Y sin embargo, ni un solo disfraz se veía en el Prado, ni un solo cucuruchó, ni una sola nariz fenomenal, ni un solo caballero de Felipe IV, ni una sola beata, ni una sola persona, en fin, que llevase otra cara que la suya.

Las máscaras no habían querido acudir á la cita, sin duda porque los que allí les esperaban no se habían acordado de enviarles su coche.

\*\*\*

Algunos periódicos han hecho una proposición de medicina urbana (llamémosla así), que ha sido desatendida hasta ahora por los industriales á quienes la dirigen.

Han propuesto... el asunto es tan trascendental que reclamo toda vuestra atención... han propuesto á los repartidores á domicilio de leche de burra, que la distribuyan por la noche en vez de hacerlo en las primeras horas de la mañana.

Hace pocas mañanas salía yo de un baile de máscaras, cuando al doblar una esquina fui embestido por una bellicosa burra de esas que sirven de nana de cría á los endebles madrileños.

¡Maldición! exclamé yo, como Claudio Errolle, y recogí mi sombrero que rodaba por el arroyo, y me apliqué cariñosamente las manos á la parte dolorida; en tanto que las burras, y el burrero, hábilmente sentado en el rabo de una ellas, desaparecieron con horrible y monótono cucuruchó.

He aquí un incidente desagradable que yo me hubiera evitado, si hubiesen sido atendidos los consejos de la prensa en este gravísimo asunto.

Conozco yo una dama—y vosotros también la conoceréis probablemente—mujer de singular hermosura, que no usa de otro líquido para lavarse que la consabida leche de burrica, limitando en esto á las dadas romanas, que la atribuyen la virtud de quitar las arrugas del rostro y de prestarle blancura. Popen, la mujer de Neron, tenía quinientas esas paridas en su palacio, y se bañaba en leche: duda ella iba la seguían sus quinientas favoritas.

Si Dios me hubiera dado la volcánica imaginación del inventor del aceite de bellotas, yo aprovecharía esta ocasión para demostraros que la humanidad perecerá cuando falte la leche de burra.

Los retratos del señor marqués de Sardoal, nuevo presidente del Ayuntamiento de Madrid, ilustrado joven y distinguido hombre político que ha empezado á ejercer su honroso y difícil cargo bajo las mejores auspicios, y de los imperadores del Brasil, cuya próxima llegada á esta corte se anuncia, aparecen hoy en las planas de esta notable publicación.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## ESCURSIONES CASTELLANAS.

(APUNTES ARQUEOLÓGICOS.)

Hallazgos romanos: Palencia, Husillos.—Restos bizantinos: San Juan de Baños.—Monumentos románicos: Frómista, Carrion, Villamuriel.—Construcciones ojivales: Palencia, Páramo, Villacázar de Sirga, Santa María de la Vega.—Recuerdos del Renacimiento: claustro de San Zoil de Carrion, Grajal, Rebenheim.

En esas horas de ocio mortal, de eterno aburrimiento que abruma a los desocupados en las pacíficas capitales de provincia, suele buscar el ánimo esparcimiento fácil, yéndose las más veces a soñar por los espacios imaginarios ó reduciéndose otras a distraer la inercia contemplando cualquier fútil suceso ó cosa rara que la casualidad nos ponga por delante. Soñar en el ayer, con lo pasado, verlo y palparlo, es asunto de sobra entretenido y agradable para el que en los olvidados vestigios que el tiempo nos ha dejado quiera encontrar distracción.

Y ¡dónde como en Castilla la Vieja, la región histórica por excelencia, el país de los recuerdos y de las grandes tradiciones! Dónde como en sus inmensos campos, en sus tranquilos valles y en sus tierras peladas, hallará el investigador curioso, ruinas y más ruinas, polvo de tanta grandeza y resto de tanta miseria á un tiempo; templos derruidos que aún pregonan la pujanza de la Iglesia en los pasados días, y el gusto de desconocidos alarifes de tantas épocas artísticas; almenas y torres que coronan todos los picos, que circundan las ciudades y las villas y son cuyos soberbios y vetustos sillares, marcados aún con el estigma feudal, llenos de símbolos, coronas é inscripciones, rollens nuestro siglo sus carreteras y caminos vecinales, ocha el fundamento de sus fábricas y alza do quier sólidos recintos para la instrucción y la caridad!

Castilla muda y triste está, en sus años de miseria, unas veces; risueña y potente se muestra otras con sus feraces campos de espigas y vides; pero triste ó risueña, pobre ó abundante, Castilla siempre está llena de elocuencia y poesía para el que va á arrancar á sus castillos una leyenda, á sus sepuleros un recuerdo, á sus templos una lección y á sus casas señoriales una página de la vida feudal.

Admirable catedral es esa región sembrada de ruinas de donde más que de los capítulos filosóficos puede deducir el observador saludable y clara enseñanza.

Husmeando así de piedra en piedra y de aldea en aldea, no para deducir filosofía de lo que no entiendo, sino para estudiar algo de lo mucho que no sé, di motivo al aburrimiento mío para que se huyentara, y con tal escusa, en unos cuantos meses en que mi casual destino me lanzó á los pueblos castellanos, peregriné como Dios me dió á entender, en alas del vapor unas veces, en el antiguo carro vacuo otras, á caballo bastantes, y las más, por ser muy cómodo y autónómico, á pié y andando, con una barra de septia, algunos pinceles y lápices en el bolsillo y un librote á medias embadurnado y á medias limpio debajo del brazo.

De diez ó doce excursiones hechas ya, he reunido un puñado de ligeros croquis y he publicado otros tantos artículos más ligeros aún. Ha de ser el presente trabajo un ancinto resumen que como promesa y prueba de esas aficiones dedico á mi amigo, el docto académico é infatigable investigador D. José Amador de los Ríos.

Palencia, la capital de la provincia donde aquéllas se han verificado, es por sí sola un interesante capítulo del arte arqueológico. La ciudad no ostenta hoy en pié ningún vestigio que se remonte más allá del siglo XIV; pero la casualidad ó más bien la necesidad en que se han visto muchos pobres de su vecindario, ha hecho que salgan á luz muy antiguos recuerdos.

De la antigua *Pallantia* que entre las poblaciones romanas del país de los vacos se señala entre Tola, Pinitium, Lacobriga y Camala, á medias de los dos primeros puntos, sobre la vía de Asturica á Cluniam, muy leves recuerdos se conservaban en la capital castellana, hasta que casuales hallazgos hechos en estos últimos tiempos han venido á excitar vivamente la curiosidad de los arqueólogos. En los solares de una casa que se reconstruyó, dentro del perímetro actual de la población hallóse hace poco tiempo un curioso mosaico de gran tamaño, que hoy figura dignamente en lugar escogido del Museo arqueológico nacional. Antes de esa época y desde hace muchos años figuraba también entre los restos romanos una lápida que se colocó entre los sillares de la muralla cerca de la Puerta del Mercado, dedicada á Gneo Pompeyo Severo, Sablaze, además, que muy amenudo al cavar la tierra en cualquier lugar de la población se habían encontrado monedas romanas.

Vino el tiempo de la construcción de la vía férrea, y entonces, extendidos los trabajos de remoción de tierras en toda la zona N. E. y N. de la ciudad, se hallaron multitud de restos romanos, y entre otros dos lápidas sepulcrales dedicada una á la memoria de Valeria Rufina y la segunda á la de Ana Codina, hija de Antonio Flavio Allaino.

Hallóse otra al hacer la estación del Noroeste con esta inscripción: D. M. A. METVSANVS ANNE. AN. LV. VXORI. PIENTISSIMÆ. F. C. S. T. T. L. (Á los dioses manes. Año Metusano procuró poner esta memoria á su mujer piadosísima Ana, de cincuenta y cinco años de edad. Séale la tierra ligera.)

Hicieronse algunos otros descubrimientos, pero cesaron por algunos años, hasta que obligados los pobres de la población á buscar huesos entre las tierras para venderlos y trabajando dentro de la extensión de la zona indicada, que está extramuros y muy inmediata á Palencia, se multiplicaron los hallazgos de todas clases. He tenido ocasión de ver en poder de algunos aficionados más de mil objetos, y entre ellos fíbulas de bronce de cien formas distintas y de raras labores; adornos circulares, azaos, brazaletes, cadenas, una pulsera serpiente de plata; anillos de bronce, de vidrio, hueso, de oro y plata. En estos últimos se halló uno con un Mercurio grabado en hueco en una ágata fina; y otro en bulto figura una mano cerrada á la manera en que están los falos. Agujas criminales de hueso y bronce abundan mucho, así como estiletes de escribir de muchas formas. La abundancia de Priapos en esta localidad es extraordinaria, habiéndose hallado de varios dibujos, sencillos, duplicados, triples, y de todos tamaños. Flechas de flecha y hojas de lanza han aparecido varias.

Cuidadosamente cubierta por grandes piedras se halló junto á un enterramiento una ánfora de vidrio y un platillo azulado de la misma sustancia. En presencia mía y poco después de haber recogido un precioso Calígula de bronce, con la marca cesaragustana, sacaron un trozo de vidrio resubierto con una especie de barniz ó esmalte dorado.

Vasos lacrimatorios de barro, lucernas sepulcrales y estrellas de piedra con notables dibujos, se encuentran siempre que se da con un sepulcro cualquiera. En el fondo de los vasos saguntinos se leen entre otras marcas: *Materni*.—*Off. Luci*.—*Flavisi*.—*Of. sempri*.—*Onori*.—*Dicen*.—*S. Venusti*.—*Val. Firm*.—*Celso*.

Los sepulcros hallados son de diversas formas: unos rectangulares, con gran lápida encima, y entre cuyos despojos ósos se encuentran los adornos, las fíbulas, las bolas rayadas y otros objetos de madera, de bronce y de asta; otros cerrados por baldosas de barro en forma de cubierta triangular con tejas en la arista; otros sin cerco, sin armarzo de adobes y todos ellos colocados entre capas de tierra arable y de cenizas y escombros que ocupan grande extensión, tendidas paralelamente á las sinuosidades del terreno. En las lápidas recogidas que aún se conservan en Palencia he visto las inscripciones siguientes:

LATO PROLO CESARAVGVSTANO AN XXXX ATTAS VXX.

(Á Lucio Alto ó á Lato Prolo, natural de Zaragoza, de cuarenta años de edad.)

SEMPRONIÆ ACLE CI STONIS FIVS SEMPRONIVS ET VETIA SEMPRONILLA MATRI EG.

(Vetia Sempronio y Vetia Sempronilla mandaron poner esta memoria á su madre Sempronia Aza.)

D. M. S. GI REVEREO CASIVS REB. P. F. R. G.

(Á los dioses manes. N. Cassio Reburro mandó poner esta memoria á su hermano piadosísimo Enao Lucio Reburro.)

M VRO CANTABRO SEBI.

(Marco Vro Cantabro la hizo para sí.)

Si para la determinación de las épocas de estos enterramientos se atiende á las deducciones numismáticas, hay que decir que es grande el número de monedas romanas imperiales de plata y de bronce que se han hallado, y que todas ellas corresponden á los cuatro primeros siglos del imperio. Hay entre ellas excelentes ejemplares de plata y cobre de Octavio y Tiberio; grandes bronces de Nerón, Vitelio, Trajano, los Antoninos, Helio-gábalo, Gordiano, Treboniano, Galo y Valeriano. Aunque no en tanto número como las imperiales, se hallan bastante número de colonias y municipios y entre otras de Zaragoza, Tarazona, Cascante, Celsa y Leptis, así como alguna que otra familiar.

Como recuerdo de tiempos anteriores se han hallado también algunos objetos más antiguos que estarían aún

en poder de los romanos, como hechas de piedra y monedas celtiberas; así como no es extraño el encontrar en las capas más superiores, casi en las superficiales, algunos Alfonsos y Sanchos de cobre.

La comisión de monumentos de Palencia está pobre, muy pobre; jamás ha tenido un real para sus trabajos, así es que estos descubrimientos, debidos á la casualidad, no han podido continuarse científicamente, y mucho menos han podido aprovecharse reuniéndolos en un Museo provincial, porque no lo hay. En poder de algunos entusiastas é ilustrados anticuarios, amigos míos, están aún casi todos ellos; y el resto ha sido ya adquirido por algunos recolectores madrileños que de cuando en cuando hacen viajes de no poca utilidad.

Las investigaciones de esos lugares funerarios, de esos campos llenos de despojos, no ofrecerán al arte los resultados ni las maravillas de las famosas tumbas columbarias; ni los de la villa Corsina; ni los que el triunviro Craso dejara en la tumba (*Capo di bore*) de su esposa Cecilia, al lado de la vía Appia; pero para ilustración de la historia de estas provincias castellanas, para mayor desarrollo del arte arqueológico y para satisfacción de los hombres dedicados á estos estudios, la antigua *Pallantia* aún tiene bajo su extenso perímetro mucho que descubrir y bastante que estudiar.

Á un paso de la ciudad, entre unas mástias hileras de chopos que adornan la orilla del Carrion, está la olvidada población de Husillos, de donde ha tomado el Museo arqueológico nacional una de sus mejores joyas: el sepulcro romano de la época de Adriano.

En una triste tarde del mes de noviembre pasado, fui á verlo, después de visitar el magnífico castillo de Lama, que se alza en la villa de Fuentes de Valdepero. Husillos, la antigua *Pruseis*, bajo cuya advocación se conoce todavía su actual parroquia, tiene un curioso templo, tres ó cuatro veces restaurado y que en su forma y vestigios generales conserva el sello de las construcciones del último período románico.

(Se continuará.)

RICARDO BECERO DE BENGUA.

## LA ALMONEDA.

En el presente número ofrecemos á nuestros lectores un notable trabajo artístico del laureado pintor don Francisco Domingo, con cuya colaboración se honra desde hoy LA ILUSTRACION DE MADRID. Escusamos encarecer la belleza del dibujo á que nos referimos y en el que nuestro amigo ha trazado, en la madera con la espontaneidad, el vigor y la fuerza de expresión que le son característicos, una escena de costumbres llena de animación, de carácter y de verdad. El dibujo del Sr. Domingo es un cuadro; no se ocha de menos en él ni la maestría de la composición, ni la escueta agrupación de las figuras, ni la expresión característica de los tipos que se ha propuesto reproducir.

El Sr. Domingo es una de esas entidades artísticas cuyo genio fecundo no se desmiente ni desfallece nunca, cualquiera que sea la forma, ó mejor dicho, el medio material de que se vale para traducir su inspiración. El lápiz es en su mano tan expresivo y tan enérgico como el pincel, y de ello es buena muestra la obra acerca de la cual llamamos en estas líneas la atención del público.

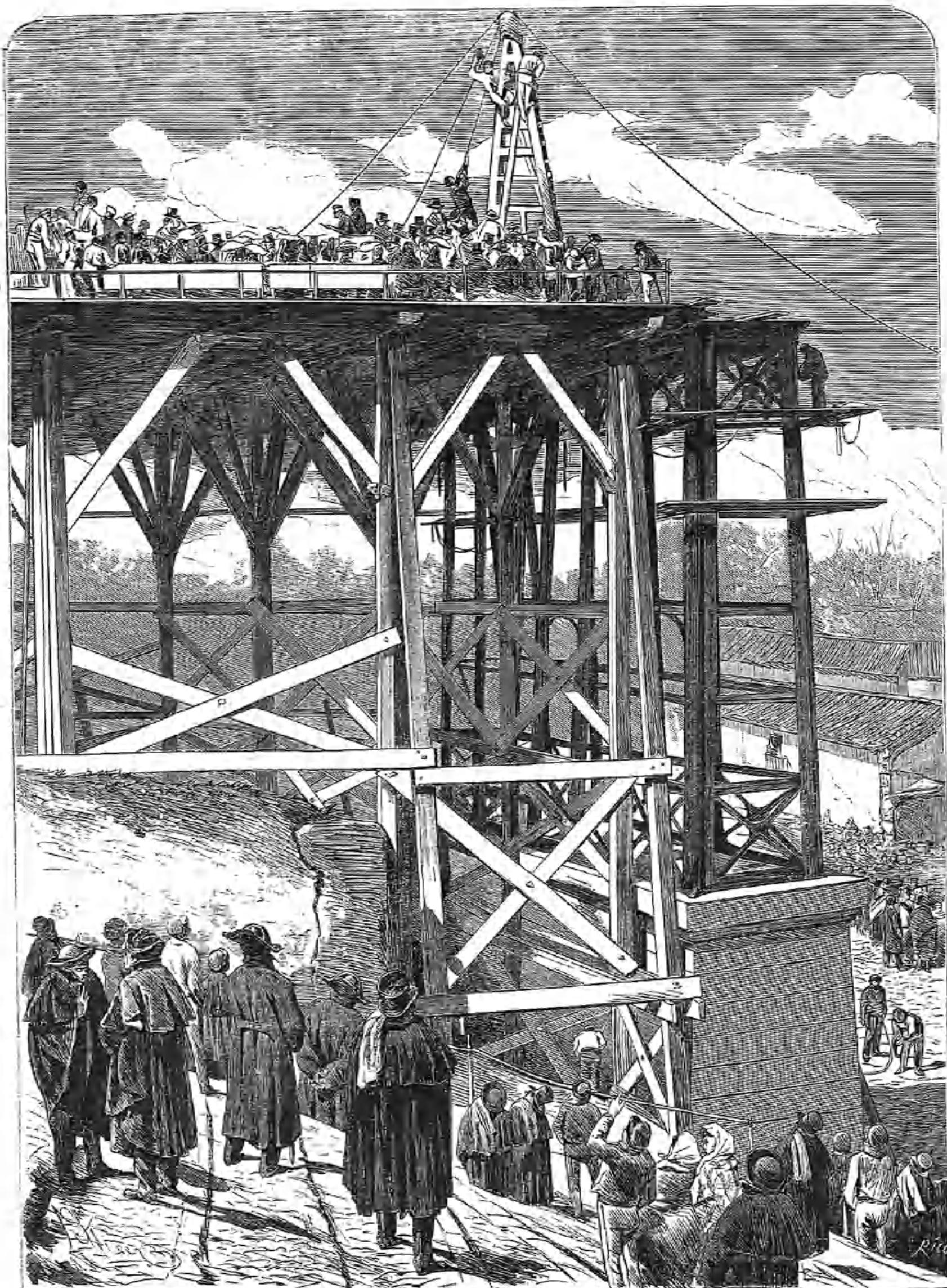
Nos complacemos en repetir que *La Almoneda* no será la última página artística con que el distinguido pintor valenciano honrará las columnas de nuestra publicación, ofreciendo á nuestros suscritores otras ocasiones de admirar su privilegiado talento.

Z.

## EL FARO DEL CABALLO.

La abundancia de original nos obliga á retirar á última hora la descripción del Faro colocado en Santaña, provincia de Santander, en la punta llamada del Caballo.

Nuestros lectores pueden apreciar lo pintoresco de la situación en que está construido este faro, examinando el grabado que publicamos en la página 40.



INAUGURACION DEL VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA (MADRID).



más rápidamente que el por las dulzuras del presupuesto, si bien hay algunos que se eternizan en sus puestos y con razón, pues tienen lo que yo llamaría el *genio de la oficina*:—se hace empleado como se hace poeta ó conquistador.

Por regla general, un poquito de malevolencia es condición precisa para perpetuarse en los puestos oficiales, como para abrirse camino en todas las carreras. Es triste decirlo; pero la bondad es dote generalmente poco apreciada en el mundo; por lo mismo es más meritosa. La malevolencia y la maldad, por el contrario, ya lo he dicho, suelen alcanzar grandes premios:—por lo mismo son doblemente odiosas.

Rara será la oficina del Estado en que no se encuentre algún curioso *specimen* de lo que yo llamaría el hombre *perro de presa*, que á todos indistintamente ladra y muerde, menos al amo (*vulgo* ministro), á quien lame las botas á punto de sacarles lustre por mucho barro que tengan. Muchas veces he oído decir á ciertos infelices pretendientes maltratados por alguno de esos hombres perros de presa:

—Pero, señores, ¿qué le habré yo hecho á ese D. Tal ó 1.º Cual...? Porque es de advertir que esos tales personajes, predestinados desde el nacer á desempeñar en una oficina (por ejemplo, un ministerio,) el oficio de *perro de presa*, tienen el raro privilegio de que no se les designe comunmente por un apellido, como á los demás empleados, sino por su nombre de pila, precedido respetuosamente del inevitable *Don*. Una figura y unos modales algo perrunos no son cosa indiferente para la conquista de una plaza de perro de presa, que es lo que hay que ser en un gran centro administrativo; pero lo que importa para conservarla es tener jefes algo mamos y un tanto holgazanes que á todo se avienen con tal de que se lo den *todo hecho*.

Este *Don...* X... que ligeramente acabo de bosquejar es uno de los verdaderos tipos de la malevolencia. El día en que no hace daño á alguno, digiere mal y duerme peor; porque ese día siente el decrecer algunas líneas su importancia.—Yo pienso, luego existe, dice el filósofo.—Yo hago daño, luego soy un hombre importante, dice el hombre perro de presa. Devorado del afán de darse importancia, ha calculado que para adquirirla y sostenerla es preciso hacer algo; y como es más fácil hacer mal que hacer bien, se dedica exclusivamente á lo primero, impelido *ahora más* por el estímulo de una natural *malevolencia*. No es otro el origen de muchas maldades en este mundo.

La envidia es cosa muy distinta, aunque pariente cercana de la malevolencia. Esta es esencialmente *activa*; aquella es de suyo *pasiva*. «Tristeza del bien ajeno», la define admirablemente el catecismo; y en efecto, es eso, nada más que eso; pero eso es acaso lo más horrible que existe en el orden moral. Todos los pecados capitales tienen su explicación; casi me atrevería á decir (¡Dios me perdone!) su disculpa. Sólo ese no la tiene. «Sentir el bien! Desear el daño ajeno aun á costa del propio...» mentira parece. Cuenta una ingeniosa fábula india, que viajando una vez juntas la Avaricia y la Envidia, se encontraron á la Fortuna, la cual dijo á la segunda: «Fídelo que quieras y te será concedido, á condición de que el doble de lo que tu pidas y obtengas se ha de dar á tu compañera. ¿Qué pides?... —Que me saquen un ojo, contestó la Envidia.»

Lo peor de este horrible vicio es que empezando, como he dicho, por ser esencialmente pasivo, acaba casi siempre por hacerse *activo*; el envidioso no tarda en aborrecer de muerte al envidiado, y sucede también una cosa singular y contraria á la comun creencia, y es que no siempre éste es ó parece ser persona envidiable.

No hay posición social, por modesta y aun humilde que sea, que nos ponga á cubierto de provocar alguna envidia,—tal vez de un rico, tal vez de un poderoso. Imagínase el vulgo que sólo se pueda envidiar á los grandes de la tierra; pero yo tengo para mí, como un axioma, que la envidia inspirada ó sentida es independiente de la posición social del que la siente y del que la inspira. Sucede con esto lo que con la idea de la *revolución*,—pero el asunto merece párrafo aparte.

## V.

## LA TIRANÍA.

¿Quién no se representa á un tirano sentado en un soberbio trono, vestido de púrpura, rodeado de barbauda feroz guardia, entre un enjambre de cortesanos, ó cuando menos en una rica morada, imponiendo su voluntad tiránica á una muchedumbre prosternada? Idea falsa si las hay; idea incompleta sobre todo. La tiranía es independiente de la situación y estado del que la

ejerce: en todos los grados de la escala social se puede ejercer; y se ejerce por cierto de odiosa manera; y la más odiosa de todas suele ser la que se encuentra más abajo.

El mayor tirano que yo he conocido, fué (ya no existe), un mendigo perverso que se fingía ciego teniendo ojos de lince, y que con otros muchos pobres pedía limosna años atrás á la puerta de una iglesia: más duramente que Nerón á Roma tiranizaba aquel andrajoso tunante á sus compañeros de desgracia, los cuales temblaban delante de él, cual no temblaron jamás delante de Luis XIV los cortesanos de Versalles. Unas cuantas sangrientas riñas con los otros pobres en que había tenido la suerte de quedar vencedor, dejando algunos de ellos cruelmente mutilados, le había asegurado en la miserable colonia un predominio absoluto. Aquellas mutilaciones habían quedado impunes como tantos otros delitos:—quiere decir, impones en la tierra. La justicia humana no acostumbra descender á esas bajas regiones de la pobreza: hay allí poco que ganar. El pobre de que voy hablando era, pues, el señor, el sultán, el tirano de su desarrapada grey: cobraba el barato, zurraba sin piedad sobre todo á las mujeres y á los niños, nadie era osado á denunciarle á la justicia por temor al infalible castigo, y se pasaba la vida fumando cigarillos y pidiendo ocharos con voz plañidera, más feliz en el escalón de la puerta de su iglesia que Cambises en el trono de Asia.

Aquel execrable mendigo era, pues, un tirano; pero no el último en la tremenda escala sin fin de la tiranía. Es seguro que no hay patio de presidio ó calabozo de presos de una cárcel, que no tenga su Pisistrato; no hay grupo de harapientos granujas de esos que venden fósforos y la *Correspondencia* á la puerta de los cafés, que no acate el sultánico mando de un andrajoso Dionisio de Siracusa y no tiemble ante un Ivan el Terrible, descalzo y con montera. Tal es la dura ley de la fuerza que alcanza hasta á los últimos grados de la creación. Estos despotas, al cabo, tiranizan á criaturas humanas; otros se contentan, á falta de cosa mejor, con tiranizar á un caballo, á un perro, á un pájaro. Entre los cocheros y carreteros, (*durum genus*) suelen encontrarse grandes tiranos: toman una ojeriza estúpida á un pobre caballo, cien veces menos irracional que ellos, y le martirizan por pura brutalidad. Esta odiosa casta de tiranía justifica la razón con que en Inglaterra primero, y luego en Francia y otros países, se han dictado leyes penales para la protección de los animales domésticos. Tampoco estarían de más en España, pero es el caso que tales leyes serían un contrasentido entre nosotros, mientras conservemos el bárbaro y repugnante espectáculo de las corridas de toros.

## VI.

## DIOS.

Padre común de todas las criaturas, criador supremo del cielo y de la tierra, infinitamente bueno, sabio y poderoso; Dios es para muchas gentes, además de todo esto, un artículo de comercio bastante lucrativo, una cosa que ciertos mortales afortunados llevan en el bolsillo del gabán para su uso particular, como se llevan los guantes ó la petaca. Como he dicho porque no se me alcanza en este sentido voz más propia, y observaré de paso que no hay palabra más socorrida que ésta en el Diccionario ni más elástica. Desde el sumo Hacedor, hasta la más infima criatura, todo cabe dentro de ella. Volviendo, pues, á nuestro tema, añadamos que esos que tienen la suerte de llevar á Dios en el bolsillo, le sacan á relucir á cada triqui-traque, siempre para su conveniencia propia, con incalculable cinismo. Los malos predicadores sacan el Cristo en sus sermones cuando se ven apurados: estos sacan á Dios en la conversación cuando necesitan cierto apoyo para sus opiniones. Al decir de ellos, sus intereses y los de Dios son unos mismos. Dios opina como ellos: si se les contradice en lo más mínimo, Dios se enfada. En política sobre todo, Dios tiene aplicaciones preciosas: para unos, Dios es carlista; para otros, es notoriamente alfonsino y aún no falta quien le tenga por sospechoso de situacionero. ¡Profanación de las profanaciones! Si obran así por ignorancia, no conozco simplicidad más grande; si por malicia, no discurre mayor impiedad.

Regla general. Hablar de Dios para cosa que no sea bendecirle ó implorarle, me parece gran necesidad en quien no tiene especial misión para hacerlo pertinente. Y como yo no tengo semejante misión ni cosa que lo valga, me limito á lo dicho, con el escorzo de haber tal vez dicho demasiado, en cuyo caso téngase por no dicho y adelante con los faroles.

## VII.

## EL EGOTISMO.

El egoísmo, que en castellano debería llamarse el *goismo*, es un sentimiento exagerado, ó si se quiere un excesivo desarrollo del natural amor que todos nos tenemos y nos debemos á nosotros mismos. Ama á tu prójimo como á ti mismo, dice el precepto divino, con lo cual se nos impone en cierto modo el deber de amarnos mucho, para amar también mucho á nuestros semejantes. Pero ese amor que debemos tenernos aunque no sea más que por respeto al sumo autor de la vida,—debe estar siempre templado y como regido por el que debemos tener á los demás, y el rompimiento de este equilibrio en beneficio propio es lo que constituye el repugnante vicio del *egoísmo*.—Así como ese mismo rompimiento en beneficio ajeno, ó sea del prójimo, constituye la hermosa y santa virtud de la abnegación y de su natural consecuencia: la caridad. La doctrina nos enseña que es esta en cierto modo la antítesis de la envidia, y como el egoísmo lo es también, dedúcese de aquí que entre estos dos feos vicios existe (como entre todos, etc.) un parentesco muy estrecho; pero á la verdad no son al mismo. La envidia es peor.

Hay en el egoísmo muchos grados y no se debe confundir al egoísta con el egoísta. El primero puede ser un personaje pasadero y hasta amable; Alcibiades es el tipo inmortal del hombre que posee el *arte* de sacrificarlo todo á su bienestar; porque este es todo el secreto de la diferencia arriba indicada. El egoísta no es un mero aumentativo del egoísta. Gramaticalmente, no es más que eso, pero no hay duda que llegado á ese punto máximo, el vicio del egoísmo se adultera y degrada y adquiere en especial un carácter *grosero* que de todo punto falta en el meramente egoísta. El egoísmo culto es un arte y puede tener su mérito; el egoísmo grosero y cínico del egoísta, es una función meramente animal,—casi diría bestial. Sólo debe inspirar repugnancia. El primero, requiere un profundo estudio, talento, gracia y habilidad, y á este precio se le perdona todo; dicho se está, pues, que no puede practicarse un cualquiera. Para ser un egoísta sólo se necesita *echarse el alma atrás*, como vulgarmente se dice, abdicar todo poder, y arrostrar las consecuencias de vivir como un salvaje en plena civilización. El egoísta culto se parece al elegante *Pick-Pocket* de Londres que le escamotea á uno el reloj sin sentirlo: el egoísta, es semejante al bárbaro salteador que se lo arranca poniéndole al pecho una pistola ó amenazándole con un garrote. Ambos en el fondo hacen lo mismo; pero ¿qué diferencia en la forma!

Otras diferencias esenciales hay entre estas dos variedades de un mismo tipo satápático, salvo que es infinitamente más antipática la una que la otra, para mí á lo menos. Sabido es que la vida social nos impone ciertas cargas en cambio de los beneficios que nos proporciona. El egoísta á secas procura buensamente eludir esas cargas, pero al cabo acepta algunas cuando es preciso, no acaso por sentimiento del deber, sino por cálculo; hasta suele practicar el bien, no por virtud, sino por egoísmo. Cosa largo, prevé las contingencias de esta vida y quiere pasarla bien mañana como ayer y hoy. El egoísta no acepta carga alguna, prescinde en redondo de todo lo que no sea él; se pone el mundo por montera, y ni se acuerda de qué hubo un ayer ni piensa en que habrá un mañana: sólo conoce el momento presente. En esto, como en otras cosas, su ideal es él... (lo diremos con decencia) *el rifado de San Anton*.

En cambio (y aquí entra la parte odiosa de este tipo, y en lo que es muy inferior á su modelo el de *San Anton* que no abriga á lo menos cálculos interesados), si no acepta ninguna de las cargas sociales, reclama impudicamente y aun se exagera en provecho propio los beneficios que las compensan. No hay ser más exigente cuando necesita de alguien: todo sacrificio hecho en su obsequio le parece poco. En donde quiera que se halla coge sin reparo el mejor puesto, se adjudica la mayor ración: el prójimo no existe para él más que en concepto de natural servidor suyo. Por un pavo bien asado da él la mitad del género humano; por una botella de Jerez y un buen cigarro enciema da la otra mitad.

Todos somos egoístas, pero son contados los egoístas, aunque todavía sobra con los que hay. Los denuncio como una plaga social.

EUGENIO DE OCHOA.

## LAS SIETE CASACAS.

Yo, con perdón de Vds., me llamo D. Fulano de Tal, y no digo más claramente mi nombre, porque si que quiero saber á punto fijo quién soy no tiene sino dar un paseo por esas calles, seguro de que ha de topár con un ejemplar de mi prototípica persona, que no negará la casta.

Me llamo D. Fulano de Tal, y soy más hijo de mis obras que de mi padre; porque aquí donde Vds. me ven soy mucho más abonado para renegar del autor de mis días, si el autor de mis días se pone en contradicción con mi segundo padre, que son mis obras.

El primero que me engendró, en el orden cronológico de los tiempos, me dejó por todo patrimonio una ignorancia perfecta; esto es, una capacidad perfectamente desprovista de inútiles conocimientos, á fin de que yo pudiera llenarla á mi gusto, según las circunstancias de tiempo y lugar: porque decía mi padre que una inteligencia en blanco puede aceptar en la ocasión oportuna, y sin tener que destruir añejos rudimentos y molestas preocupaciones, aquellos axiomas fundamentales más apropiados para afianzar una filosofía de resultados prácticos y tangibles.

No se limitó á esto la herencia de mi padre, quien me legó además siete casacas de diferentes colores, que, andando los días, habían de ser los signos visibles y progresivos de mis conquistas intelectuales y morales.

Difícil me sería explicar satisfactoriamente por qué fueron siete las casacas con que plugo al autor de mis días completar mi legítima: siempre que he tratado de profundizar el secreto cabalístico de este número, se me han venido á las mentes, no sé por qué, las siete plagas de Egipto y los siete pecados capitales. Un maldito zambón con quien después consulté la duda, la resolvió maliciosamente asegurando que el guarismo aludía á las siete nodrizas cornudas de la parábola, y me anunciaba un porvenir de inextinguible succión en los pingües biberones del siglo.

Pero lo que me importa consignar, sobre todo, es que en el vacío de mis capacidades moral é intelectual fluctuó desde muy temprano, y en estado rudimentario, una tendencia innata al desarrollo económico-político de mi entidad consumidora, y un gran instinto de *vanidad*, atributo distintivo del genio. ¡Oh! nunca se borrarán de mi mente los recuerdos de mi inocente niñez. Entre mis gracias infantiles era la más frecuente despreciar el modesto puchero de mi madre por adular la opípara mesa del vecino acaudalado. ¡Con qué candoroso entusiasmo renegaba de la sopa que me había dado la mujer del alcalde, para ganarme el bollo que, á condición de llamar á aquella respetable matrona zaña y mal criada, me prometía la mujer del escribano!

Recuerdo que el maestro de escuela, que era hombre de mucho mundo, solía decirme siempre que, por casualidad, me encontraba en la calle:—Niño, tú puedes hacer gran carrera: eleva á la quinta potencia ese instinto que te enseña á vivir de todos y con todos, y desde aquí te aseguro un próspero porvenir.

¡Sablo profesor! Qué bien me conocía sin haberme tenido nunca bajo su inteligente dirección!

Así llegué de despana en despana, y á la cocina en cocina, á la antecala de la razón, y sin anuncio ni recomendación de ningún género me fui resueltamente en el salón de recibo de este pícaro mundo. Era yo, como dije al principio, un cuarto por amueblar, y pronto se brindaron á llenar el vacío la amistad, el amor, el patriotismo, todos esos afectos cuya primitiva difusividad desaparece de día en día bajo la acción condensadora del positivismo. Recibí *sub conditione* todos estos artículos de lujo, con ánimo de cambiarlos, venderlos ó refundirlos á mi gusto, según los tiempos y las circunstancias, y andando los días me persuadí de que no eran baratijas tan inútiles como al principio me parecían. El patriotismo y el amor, en particular, me prestaron en ocasiones dadas servicios importantes que, á decir verdad, no encontraron jamás en mi corazón un átomo de agradecimiento; porque debo confesar ingenuamente que la gratitud no es condición normal, ni aun siquiera contingente, de mi carácter.

Una vez constituido en el seno del cuerpo social, fuéme preciso discurrir los medios de conquistar lo que se llama una posición, y para ello me dispuse á aventurar mi barquilla sin lastre por el pléjago azaroso de la vida. Me asomé á la ventana para ver de qué lado soplabá el viento, y sus ráfagas me trajeron rugidos de tempestad. El horizonte estaba encendido; oíanse por todas partes gritos de patria y libertad; el pueblo levantaba sobre sus hombros no sé qué ídolos improvisados. De pronto sentí palpitar mi espíritu bajo la presión de una idea:

había llegado el momento del Génesis: la noción fecunda del patriotismo acababa de surgir en mi mente con asombrosa limpidez. No había tiempo que perder; la ocasión era solemne para estrenar una de las siete casacas que me había legado mi padre, ¡qué casaca, señores! roja y alborozada era como la amapola entre los trigos, y como ella merecía gallardearse entre las doradas mieses de la patria. ¡La patria! ¡matrona fecunda y amorosa cuando hace á sus hijos los honores de la madre tierra! Yo siempre me la imagino, desde aquel día, armada de una hoz de oro, segando para mí la rubia espiga.

Mi casaca hizo prodigios; sus vistosas faldones ondearon gloriosamente sobre aquella muchedumbre entusiasmada, y al terminar la fiesta me encontré á la sombra del árbol frondoso de la libertad. Tendíme panza arriba bajo sus ramas fructíferas, y vi que Newton, en situación parecida á la mía, había desarrollado incompletamente su talento de observación. Los sabrosos frutos que del árbol se desprendían no sólo me dieron una idea suficiente de las leyes de la gravedad, sino también una noción clara y trascendental de las del equilibrio. Comprendí que era preciso conservar á toda costa mi posición supina, si había de recibir en la boca, sin soluciones de continuidad, el sabroso maná de la patria, y entonces descubrí en mi organismo una nueva aptitud: comprendí á Blondin.

Pero andando los días comenzó á descender el termómetro: el horizonte político perdió sus encendidos colores, y el entusiasmo político experimentó una considerable depresión. Encontré la casaca encarnada en el fondo del cofre, y me asomé segunda vez á la ventana para ver de dónde venía el aire. Era uno de esos remansillos intermedios que escarcean insidiosamente entre los cuatro flejes cardinales, y cuya exacta dirección sólo puede marcar una finísima veleta; pero el instinto de *variedad* de que he hablado al principio me permitió apreciar en su justo valor aquel cambio de temperatura y ajustarme á sus condiciones.

Me puse una casaca tornasolada; velé en mi semblante la fogosa coloración del entusiasmo, y dando á mi economía una expresión reposada, salíme á culebrar por los nuevos y sinuosos senderos que delante de mí se presentaban. Á medida que avanzaba en mi camino sentía correr por mis venas un inefable espíritu de transacción; el término medio se ofrecía á mis ojos como la meta de las aspiraciones humanas, y me parecía que aquella casaca tornasolada era el símbolo propio de toda moral, de toda filosofía.

¡Admirable poder de la voluntad subordinada! Desde entonces rechacé con horror todo aquello que lleva en sí los caracteres de lo absoluto; comprendí que en el mundo inteligente, como en el mundo moral, no hay más que el accidente, la relación, el matiz, y me representé la voluntad bajo la forma de una culebra que se pliega á todas las alteraciones del suelo por donde se arrastra.

La casaca tornasolada fué recibida en los círculos influyentes con un murmullo de benevolencia.—Muy bien, dijeron todos; ese joven rectifica, quiere entrar en el buen camino; tendámosle una mano protectora.

Me tendieron, en efecto, la mano, y me tomé el brazo. Reforzé con destreza el edificio de mi fortuna, y navegué por espacio de mucho tiempo con un ojo atento á mi pacotilla y otro al horizonte. La ocasión me pareció oportuna para tomar estado. Era hombre de posición; pertenecía á varias asociaciones benéficas; ejercía, digámoslo así, en la sociedad una misión paternal, y debía dar á mi persona un complemento de respetabilidad, subordinada, por supuesto, á la base primordial y predominante de mi existencia social: esto es, debía escoger por compañera una mujer que entrase de lleno en mis intereses y contribuyese al logro de mis deseos.

Me casé con una muchacha pobre y de humilde cuna; á quien la naturaleza había indemnizado ampliamente de la falta de estos condimentos sociales con una belleza no común, y en quien residía, en el grado conveniente, una tendencia á la *variedad*, que combinada con el principio neutro de no intervención, que, en ocasiones dadas, podía encontrarse entre los elementos constitutivos de mi sangre, había de producir fenómenos de la mayor importancia en el seno de una sociedad conyugal fundada bajo el plé de la más perfecta mutualidad de servicios.

Y los produjo tales y de tal cuantía, que no tardé en convencerme de que no es tan exacto como parece el vulgar apotegma que dice: «No hay hombre sin hombre;» porque la verdad es que si éste necesita completarse de alguna manera para llenar los fines de su existencia sublimar, el complemento más natural es la mu-

jer: Sin embargo, hay una obcecada mayoría que se empeña en ver las cosas de otro modo, y que quisiera abrumar á los filósofos de mi escuela bajo el peso de su altivo desden. ¡Niñerías, señores, niñerías! Bajo el punto de vista de la economía política, ciencia destinada á reconstruir bajo otras bases la moral, hay preocupaciones fundadas en un lujo improductivo de la conciencia que esterilizan el capital y matan la producción. Yo no he dado nunca en esas aberraciones: espíritu eminentemente práctico, no concebí el principio sin la aplicación, ni admito más principios aplicables que aquellos que conducen á un resultado tangible y positivo.

Caséme, pues, con la mujer que me convenia, y mi luna de miel se estacionó en el firmamento bajo la forma puntiaguda que ha dado origen á comparar esa fase del satélite con los medios de defensa de un animal que me abtengo de nombrar, por no dar pretexto á vulgares aplicaciones y adocenadas analogías. En este estado de cosas me sorprendió otro cambio atmosférico que me obligó á sacar por segunda vez del cofre la casaca encarnada, y que apesar de esta precaución hubiera puesto en grave riesgo mi flotante navicilla, á no ser por la maña de mi consorte, que había enderezado ya su vigilante pros á una farola de la situación, grangeándome la amistad de un poderoso protector.

Con esta ayuda volví á respirar los aires libres del progreso, y otra vez tuve que felicitarme de sus benéficos efectos. Los amigos de la víspera, que aún no conocían mi temperamento, pusieron el grito en las estrellas; los periódicos de oposición dirigieron contra mí sus saetas más novenadas. Pero yo me rajé de todo; la hora de la independencia aún no había sonado para mí, y era preciso seguir hasta el fin el sendero anguiliforme que había de conducirme á la última meseta de mi posición social.

Andando los días tuve que sujetar mis principios, en moral como en política (porque para mí la política es una cosa muy distinta de la moral), á una alquimia incessante y complicadísima. Mis evoluciones no tuvieron límite; el insigne Proteo parisien, el famoso Cartouche\*, el genio del *travestiment* no ha cambiado más casacas que yo. ¡Lástima grande que aquel ingenio tan eminentemente vario se dejase envolver en las redes de la justicia, ó no hubiera venido al mundo en tiempos en que sus aptitudes camaleónicas encontrasen más elevada, más fecunda y ménos azarosa aplicación! Las misas llegaron sin tropiezo al más alto grado de desarrollo. En pos de la casaca roja vino otra vez la casaca tornasolada, y á esta siguieron la casaca de merca y la de medio color, que fué reemplazada, en último análisis, por la casaca negra.

¡La casaca negra!... la última del guarda-ropa, la destinada á imprimir un carácter de venerable inmutabilidad á las conquistas del pasado. Al llegar á esta meta me detuve: mi posición social estaba labrada. Entonces volví la vista atrás, y examiné el intrincado camino que acababa de recorrer. Había andado en política desde los Jacobinos al Escorial; en administración desde Andéjar á Villena\*, pasando por el Pinar de la Mancha; en moral, desde Gomorra á Jerusalem; sólo en lealtad no había pasado nunca de la venta de Judas.

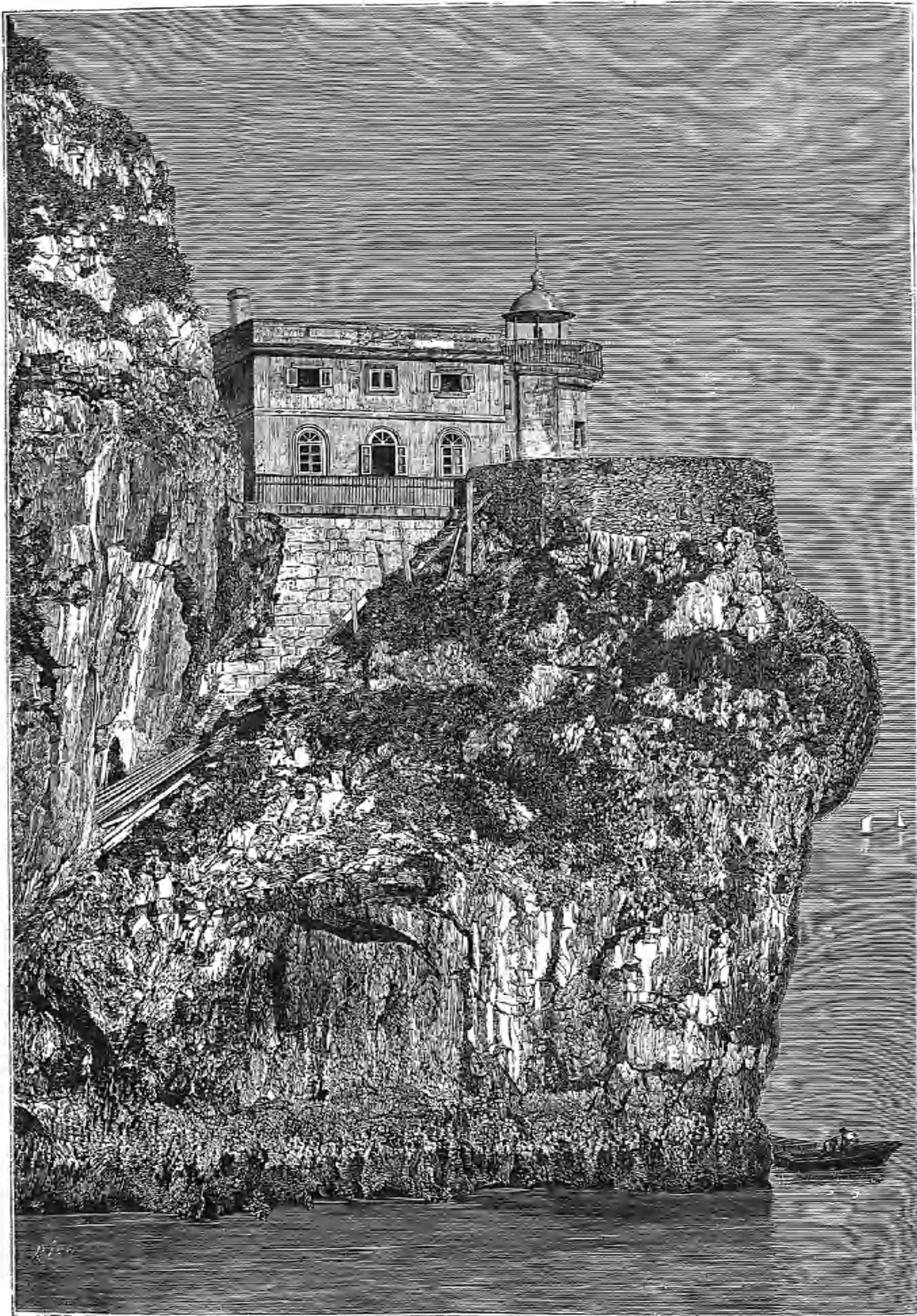
No estuve nunca preso ni procesado.

Considerando, como he dicho, que era llegado el momento de reposar de mis fatigas, rasgué las seis casacas que habían labrado mi posición y me puse para siempre la última. ¡La casaca de la independencia, la gran casaca de la independencia!... Paño negro de lustre con botones de oro. Mi Génesis estaba completo: al llegar á la séptima casaca descansé y vi que todo lo que había hecho era bueno.

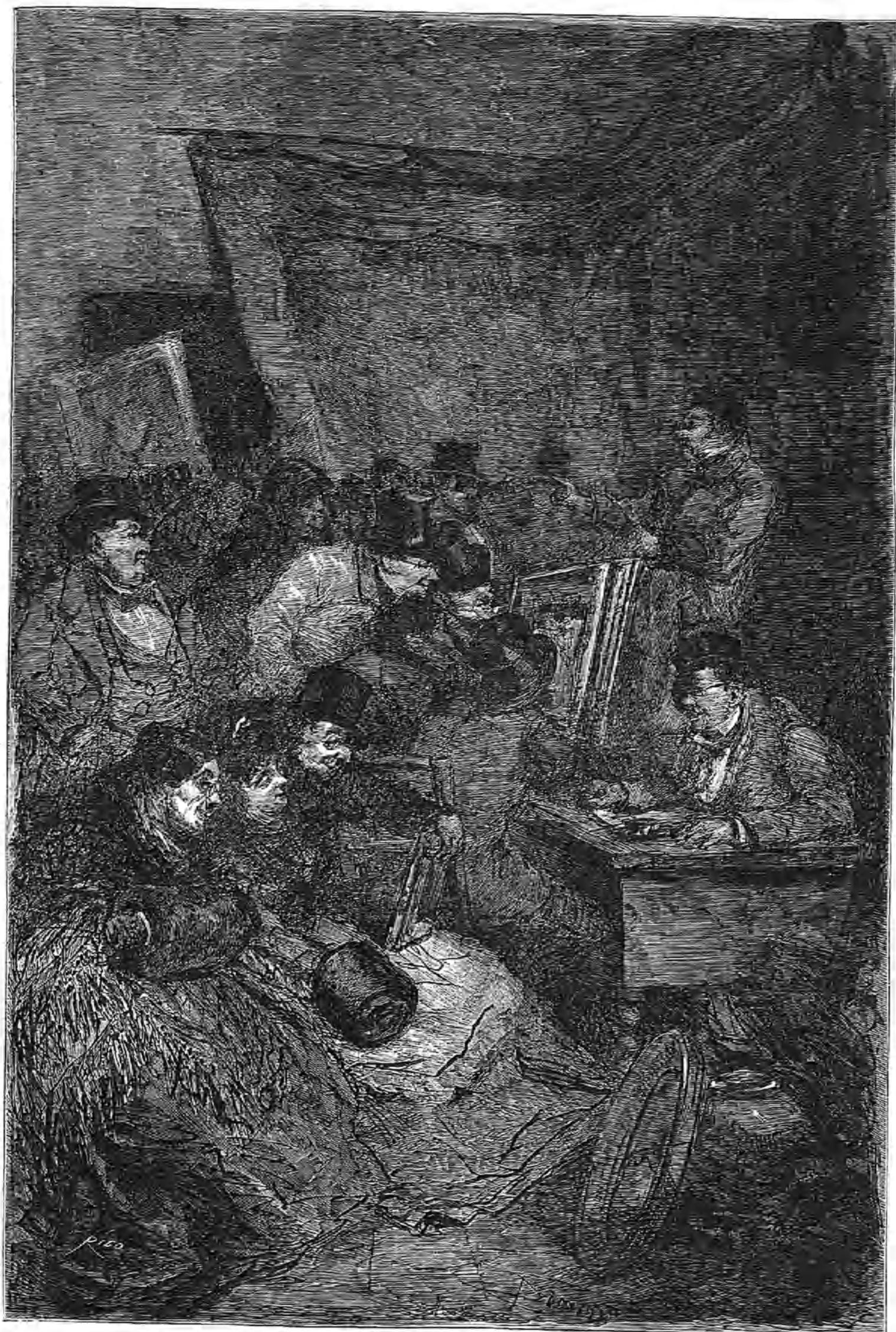
Ahora no tengo más que una opinión; pero invariable, definitiva; hija tardía, y por lo tanto más amada, de una larga y laboriosa experiencia. Soy ante todo hombre de orden, de mucho orden, de la mayor suma de orden que pueda alcanzar una nación; porque, no hay que darle vueltas, señores, sin orden no hay sociedad posible; en el seno del orden florecen y prosperan todos los gérmenes de vida; bajo su égida poderosa los pueblos desarrollan su actividad; la industria pone en movimiento los cien brazos de Briarée; el comercio tiende por donde quiera sus raudas alas; las fuentes de la riqueza abren á porfía sus grifos múltiples, derramando sus inagotables tesoros; el escualido rostro del pauperismo se cubre con las rosadas tintas que produce el suave calor del estómago satisfecho, y la felicidad corre inómitablemente de puerta en puerta en busca de una miseria que remediar.

\* Celebre criminal!

\* Celebre bandido español.



FARO DEL CABALLO (SANTANDER).



LA ALMONEDA.—DIBUJO DE DON FRANCISCO LOMIGO.

El orden, señoras, es un bien inapreciable, cuyo valor no puede comprender el hombre hasta que ha llegado á todas las plenitudes. Ahora que me considero completo es cuando alcanzo la importancia de esa ley admirable. Y esto se explica fácilmente: para crear ha sido preciso el caos; para conservar se ha necesitado el equilibrio.

Pues bien: aquí tenéis el fin de mi epopeya, y la síntesis de mi fluctuante filosofía: soy hombre de orden y tiendo platónicamente en política al sistema de gobierno que mejor realice mi ideal. Mi hermosa casaca negra me da un aspecto venerable, que á la verdad no está en perfecta armonía con los pufos mundanos de mi consorte; para ésta no ha llegado, ni creo que llegará en mucho tiempo, el séptimo día de la creación: es más; creo que el orden no será nunca el santo de su devoción.

Por lo demás, oigo misa todos los días; pertenezco á varias asociaciones benéficas y escribo un libro trascendental sobre la extinción de la miseria por el Estado. Hago la *decañada vida* que recomienda el poeta, salvo algunas alteraciones importantes en aquello de la *polvosa mesa de avante para bien abastada*, y me paseo en coche.

Algunas veces, por la calle, suelen llegar á mis oídos frases parecidas á estas:

—Ahí va un truan, ¿qué lástima de presidio!

Pero yo no paro la atención en estas niñerías. ¡Estoy tan distraído!

PERRICHIN GARCÍA CADENA.

## OBRAS PÚBLICAS EN MADRID.

### NUOVO DEPÓSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.

(Continúa.)

Fácilmente se comprenderá la insuficiencia de uno y otro sistema, si se reflexiona un poco sobre el principio en que respectivamente se fundan.

El primero, la clarificación por el reposo, estriba en que la densidad de las tierras es mayor que la del agua. Claro es, por lo tanto, que desde el momento en que ésta se halla encerrada y tranquila en un depósito, aquellas caerán y se reunirán en el fondo ó solera del vaso á causa de su mayor peso relativamente al agua. Teóricamente, este raciocinio es exacto, pero en la práctica presenta una dificultad casi insuperable: el largo tiempo que exige. Las arcillas, que son las tierras que generalmente producen las turbias, gozan de la propiedad de dividirse en el agua casi indefinidamente, y la teoría, de acuerdo con la experiencia, nos dice que la velocidad con que cae un cuerpo al través del agua es tanto menor, á igualdad de las demás condiciones, cuanto menor es su tamaño. Así resulta que, aun en las localidades más favorecidas, las aguas tardan quince, veinte ó treinta días en comenzar á clarificarse; en otras es necesario el reposo durante muchos meses, y hay algunas, como en Vertalles, donde las aguas conservan el color opalino después de varios años de inmovilidad. Los que hemos habitado en Madrid ántes de la llegada del Lozoya podemos formarnos una idea de la tenacidad con que el agua retiene las tierras en suspensión, recordando lo que acontecía con la atmósfera de las calles en que la circulación era un poco activa. Una nube de polvo, que desde el suelo se elevaba y gradualmente se desvanecía á la altura de ocho ó diez metros, enturbia el aire, haciéndole perder su trasparenca, y estaba como suspendida y sin movimiento alguno durante la mayor parte del día. La tierra muy dividida que forma el polvo caía, es verdad, y se depositaba sobre las ropas de los transeantes, pero lo hacía con tal lentitud que apenas si en las primeras horas de la mañana lo graba despejarse algo la atmósfera ántes de que empezase la turbia del siguiente día. Pues si esto acontece con el aire, cuya densidad es más de mil veces menor que la de las tierras, júzguese lo que pasará cuando se trate del agua, que pesa poco menos que la arcilla y que la divide con mucha más eficacia. En definitiva, la clarificación absoluta por el reposo exige el establecimiento de depósitos de sedimentación de tan excesivo tamaño que se hallan fuera de las condiciones racionalmente admisibles de las obras de esta clase, y sólo se han construido en algunas localidades para privar al agua de las partículas terrosas más gruesas y menos admisibles en la distribución.

El mismo inconveniente, aunque por causas distintas, presenta la adopción de los filtros. Para obtener por su medio agua completamente clara, es indispensable que la den gota á gota, y si se han de reunir de esta manera los muchos miles de metros cúbicos que diariamente consumen las grandes ciudades, es necesario dar

á aquellas obras dimensiones extraordinarias. Y cuenta que al par que son de muy costosa edificación, no pueden los filtros funcionar sin dar origen á un gasto continuo: porque las capas de arena, que en rigor son las que clarifican el agua, se hacen rápidamente impropias para este uso y deben ser reemplazadas por otras nuevas en muy cortos intervalos de tiempo.

Se vé, pues, que no hay que acudir á la clarificación artificial del agua sino como á un remedio heroico, y que para huir de esta solución conviene aprovechar los recursos y condiciones especiales de cada localidad. Afortunadamente Madrid se halla favorecido bajo este punto de vista y puede disfrutar de una distribución de aguas que, así por su composición atómica, como por su diaphanidad, reúnen todas las condiciones apetecibles, sin necesidad de acudir á aquellos procedimientos.

El Lozoya es un río excepcional. Su lecho está formado, casi exclusivamente, de rocas insolubles (granito, gusis yquistos arcillosos) y las aguas se conservan puras y claras en todo su curso. Pero al fin y al cabo, como todas las corrientes superficiales, sin excepción alguna, el Lozoya experimenta crecidas ó avenidas que, en esta como en los demás ríos, son de agua turbia. Pocos días consecutivos suelen durar la alteración del estado normal de la corriente; pero como el agua se toma de continuo para el surtido de Madrid, evidente es que, en semejantes ocasiones, ó hay que clarificarla, ó hay que darla turbia, á menos que se adopte una tercera solución indicada por las condiciones del río. Puesto que las turbias duran pocos días, posible es almacenar á la entrada de la población el agua necesaria para su consumo en aquel período, y bastará en tal caso cerrar la entrada del río en el canal siempre que ocurra una avenida. Precisamente ha servido para este fin hasta hace algunos años el depósito primitivo del Campo de Guardias. El consumo de agua era entonces menor de la mitad del que hoy tiene lugar, y el repuesto que encerraba dicha obra bastaba para alimentar á Madrid durante ocho ó nueve días, término á que rara vez llegan las turbias. Así es que, en los primeros siete ó ocho años de la distribución, el agua se mantenía constantemente clara en las cañerías, al paso que en la actualidad y cuando éstas se han extendido por todas las calles, plazas y paseos de la corte, el depósito construido se vacía ántes de que el Lozoya haya vuelto á recobrar su acostumbrada trasparenca; y hé aquí el por qué de la edificación del nuevo depósito, que hubiera debido terminarse hace cinco ó seis años si las atenciones del Tesoro público lo hubieran permitido, y que por su gran capacidad (tres veces mayor que la del primitivo) mejorará, por más de un concepto, la situación de la corte, respecto al servicio de aguas potables.

En efecto; terminada la nueva obra, Madrid podrá almacenar á sus puertas el consumo de ocho días, aun suponiendo que éste haya llegado á todo su desarrollo; y si se reflexiona que cuando se corte el agua en el canal se pueden sin dificultad suprimir ó al menos amenorar algunos servicios públicos, como el surtido de las fuentes monumentales, el de la limpieza de alcantarillas, el riego de una parte de la vía pública, etc., se ve que en rigor se dispondrá de la alimentación de doce ó catorce días; tiempo suficiente para que el río se aclare, ó para habilitar un paso provisional á las aguas si un accidente cualquiera produjera la destrucción de alguna obra del canal.

Responde, pues, la construcción del nuevo depósito á dos consideraciones de primer orden, á saber: á la mejora de la calidad de las aguas y á la seguridad del servicio. Es por lo tanto una obra de suma importancia para los habitantes de Madrid y de preferente atención para ellos, y sólo falta, conocidos ya los servicios que ha de desempeñar, exponer algunas breves noticias acerca de su edificación, con lo que daré por terminado este ya excesivamente largo escrito.

Está situado en el Campo de Guardias, frente á frente del primitivo, y separado de él por la carretera de Francia, que pasa entre ambos. La forma de su planta es la de un rectángulo, cuyo lado mayor, paralelo á la carretera, es de 307 metros y medio, y el menor de 137 (medidos interiormente), de manera que el agua vendrá á ocupar una extensión de tres hectáreas próximamente. Un medio sencillo de formarse exacta idea del tamaño de la obra consiste en recordar que la Plaza Mayor de Madrid tiene muy poco más de una hectárea, y que por lo tanto el nuevo depósito es cerca de tres veces mayor, en superficie, que la citada Plaza. Sobre los cuatro lados de la planta se levantarán gruesos muros de ladrillo para contener las aguas: todos quedan enterrados bajo la superficie del terreno, excepto el contiguo á la carretera, que aparecerá sobre el suelo, formando fachada en su mitad superior. Una gruesa capa de hormi-

gon hidráulico (mezcla de piedra machacada y argamasa) recubrirá todo el suelo para impedir los escapes de agua por esta parte de la obra, y con los muros formará el vaso enorme en que ha de encerrarse el agua. Si el clima de Madrid lo permitiera, á esto, ó poco más, se reduciría el depósito; pero ni es prudente dejar al descubierto y á las puertas de una gran población, formando un inmenso estanque, el agua que ésta ha de consumir, ni la temperatura del estío permite, no sólo en Madrid, pero ni en países mucho menos cálidos, exponer impunemente á la luz y al calor del sol un depósito de aguas potables. Ha sido preciso resignarse á cubrir toda la planta de la obra, á fin de encerrar completamente el agua y conservarla con las mismas condiciones de pureza hasta el momento de distribuirla, y esto ha motivado la ejecución de una de las partes más costosas de toda la obra. Se trataba, en efecto, de construir una cubierta de tres hectáreas de extensión, impenetrable á la luz y al calor, y cuyos apoyos han de estar constantemente sumergidos en agua; y era además preciso realizar esto, dando á los diversos elementos de la obra el carácter de solidez é indestructibilidad que tienen los demas y que exigen imperiosamente las edificaciones de esta naturaleza. Hé aquí la solución que se ha adoptado.

Paralelamente á los lados del rectángulo de la planta se han trazado dos series de líneas á la distancia invariable de cinco metros, y en cada uno de los puntos de intersección de estas dos series se ha levantado un pilar de piedra berroqueña. De esta suerte se han situado mil cuarenta pilares en el interior de la obra, que suministran otros tantos puntos de apoyo para la cubierta. Cada pilar consta de tres piedras, todas de base cuadrada y de una altura en junto de cuatro metros. Sobre estos pilares y paralelamente á la carretera, se voltearán arcos de medio punto, que trasdosados de nivel, suministrarán los planos de arranque de una serie de bóvedas escarznas de cañon seguido. Los arcos y las bóvedas son de ladrillo y sostendrán una capa de tierra que formará el piso superior del depósito. En una palabra, el espacio ocupado por el agua queda totalmente encerrado por las fábricas siguientes: en el fondo por una capa de hormigon hidráulico, en los costados por los muros de ladrillo, y en la parte superior por una serie de bóvedas de ladrillos recubiertas por una capa de tierra. La disposición de la obra no puede ser más sencilla, y su importancia depende de su tamaño y del esmero que es indispensable dar á su ejecución.

Únicamente parece añadir que estos son los elementos esenciales, y que á ellos hay que agregar una multitud de detalles y pormenores sin los que no podría funcionar convenientemente. Así, hay que establecer la entrada del agua y el medio de graduarla. Un acueducto que arranque del canal de conducción y penetra en el nuevo depósito por el ángulo N. O., servirá para la alimentación; y su regulación se hace en el interior de un pequeño pabellon construido en el mismo punto de entrada. La salida para Madrid se efectuará por dos grandes cañerías de más de una vara de diámetro interior (0,85 metros), que se enlazarán en la carretera de Francia con las dos de igual capacidad que salen del otro depósito. En los casos en que sea preciso practicar alguna limpieza ó reparación interior, puede dejarse en seco medio depósito, porque un muro transversal lo divide en dos compartimentos iguales; para ello se ha establecido en el fondo de cada uno de estos departamentos un gran tubo de desagüe que lo comunica con una alcantarilla construida bajo la carretera y que se prolonga hasta enlazar con las del interior de Madrid. En el estado normal del servicio, los dos compartimentos comunican libremente y forman un sólo y mismo vaso. Por último, la misma alcantarilla recibe por medio de un pozo vertical toda el agua sobrante que por un descuido entre en el depósito, despues de estar completamente lleno.

Basta añadir, para terminar la descripción de la obra, que la altura de agua será de 6,67 metros, y la capacidad de unos 130.000 metros cúbicos. Por su tamaño y por sus condiciones de ejecución, el monumento hidráulico del Campo de Guardias será digno de figurar en primera línea entre todos los de su clase en Europa.

El grabado que acompaña á este artículo está tomado de una vista fotográfica, ejecutada por el excelente artista Sr. Laurent, en el mes de agosto último, y muestra la parte de los muros y de los pilares que en aquella fecha estaban ya colocados.

X.

## QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA.

Nadie más conocido que D. Calisto Trajín y Polvorosa.

Insecto inquieto y zumbón que se posa en todas las ramas; planeta que gira en todas las órbitas; estrella errante que brilla en todos los espacios; onda que aparece y reaparece en el océano de la vida, tal es, en resumen, el prototipo de la volubilidad humana.

No esperéis que D. Calisto acaricie una idea más de veinticuatro horas. Don Calisto es un compuesto de hombre y pólvora, y a cada instante estallan sus pensamientos, que son otros tantos cohetes más ó menos vistosos, pero que no duran nada, ni significan nada, ni dejan nada tras su atrevida aparición.

Vivir con D. Calisto es vivir en el caos. Sus palabras son un mundo que nunca acaba de aparecer. Por ellas brotan las grandes creaciones, los grandes planes, las grandes maravillas. Todo se lo piensa y todo se lo dice; pero hasta el presente no sabemos que haya descendido de los espacios imaginarios para entrar en el terreno de las realidades.

En D. Calisto hay algo del meteoro, algo de la ardilla y mucho de Juan Palomo. Por él se dijo que no era posible *abar dos ochanos de cominos* y por él salió a colación aquello de la *cabeza de chorlito*. Nadie se acordaba de ser *carabana* hasta que vino al mundo D. Calisto, ni mucho menos pensaba nadie en tener la *cabeza como una olla de grillos* hasta que al bendito señor le dió la gana de comunicarse con el prójimo.

El comercio, la política, la industria, la agricultura, las ciencias, las artes todas, son encantados edenés para el bueno de Trajín y Polvorosa, en los cuales planta sus infinitos proyectos que le rinden otras tantas cosechas de desengaños.

Con la misma facilidad establece una fábrica de velas esteíricas, que se queda con la contrata de la plaza de Toros, que traduce un drama de Sardou, que abre una buñolería en la calle de Toledo. Para él todo es accesible, fácil y sumamente beneficioso. Las gangas se inventaron para él, que tiene la dicha de verlo todo de color de rosa. Las sombras ejercen poca influencia en el ánimo de D. Calisto, que siempre vive en la luz. Y si alguno supone que un hombre así no debe tener la cabeza llena de humo, le haremos presente que el humo de la tonttería no tiene nada de sombrío, como la risa del estúpido no tiene nada de aterradoro.

Verdaderamente, D. Calisto Trajín y Polvorosa es la desesperación de las personas que tienen la desgracia de no delirar. La experiencia es una carga pesada que jamás ha doblado la frente de los visionarios. Vivir con un hombre que siempre tiene saldada su cuenta con el pasado y abierto su libro de caja para el porvenir, es andar del brazo con la envidia. No se puede ver con serenidad a un fortunado semejante, y el que más y el que menos se juzga acreedor de ser un tanto de capirote de la especie de Trajín y Polvorosa.

Cierta día de Navidad le encontré en la plaza de Santa Cruz, orondo y fresco como una lechuga. Jamás humanas pupilas lucieron con más luz de felicidad que las suyas. Era aquello un lujo de alegría que contrastaba horriblemente con mi pobreza. Confieso que la ruin pasioncilla del despecho vino á apoderarse de mí alma.

Calisto vino á mí con los brazos abiertos. El encuentro fué atlético, la carcajada homérica y la rociada de verano. Yo eché de menos el paraguas, y tuve que resignarme á sufrir la nuba. ¿Qué hacer...!

Don Calisto comenzó á escupir palabras.

—Soy el más feliz de los mortales, me dijo.

—¿Vives en paz con tu conciencia? le contesté.

—No; comienzo á ser rico.

—¿Ah! Te doy la enhorabuena. ¿A cuál de tus empresas debes tus fortunas, á la exportación del esparto?

—No.

—¿A la asociación de las amas de cría?

—No.

—¿A tu tragedia *Soy Brito*?

—No.

—¿A la remesa de pieles de cabrito?

—No.

—¿A cuál de tus proyectos, pues?

—A ninguno.

—¿Cómo! ¿No has realizado ninguno de aquellos...?

—De aquellos, no; pero pienso realizar otros...

—Ah, vamos! ¿Tú tienes ya otros proyectos?

—Figúrate, amigo mío, me dijo Calisto, desdoblándose media solapa del gabán, figúrate que yo he lle-

gado á ese punto culminante de la vida en que el hombre vence ó es vencido. Todos tenemos semejanza con el filósofo griego, y llega un momento en que dándonos un puñetazo en la frente, decimos: *Eureka*. Ese momento ha llegado para mí. Mira, ¿ves este chichón? este chichón indico que yo también he resuelto el problema.

—Veamos, contesté yo con voz que quería decir: ¿qué no te diera un torozón!

—Ante todo, me dijo Trajín y Polvorosa, hay que sentar la base de que estamos en España. Comprende la razón que me asiste para ser político.

—¿Ah! ¿Con que ahora vas á ser político?

—Justamente, voy á fundar un periódico.

—Muy bien pensado.

—Seré representante de la patria.

—Me place.

—Canalizaré mi distrito electoral.

—Ajaja.

—Y estableceré muchos molinos harineros que me hagan el primer contribuyente.

—No está mal pensado.

—Con esto y con una granja-modelo en la que Flora, Fauna y Egea luzcan sus más esquisitos tesoros, podré ser iniciador de una exposición nacional precursora de la universal, cuyas bases antes de poco he de someter á la aprobación del gobierno de S. M., para que España se eleve á la altura de Inglaterra, Francia, Alemania, etc., etc., etc., etc.

—Por supuesto, dije yo, ¿que contarás con dinero para empezar?

—Hombre, precisamente con dinero, no; pero cuento con otro proyecto.

—¿Ah! ¿Con otro proyecto?

—Sí, pienso casarme con una mujer millonaria!

—¿Ya, de ese modo! ¿Y ella, te quiere?

—No lo sé; pero tengo un plan...

—¿Otro plan? Vaya, hijo, me alegraré que te salga á pedir de boca. Abur.

Y ligero como un rayo me deslicé entre la gente dejando á D. Calisto en actitud declamatoria, diciéndome:

—¿Ya verás! ¡Ya verás!

¡Pobre Calisto!

Pasaron muchos años.

En vano leía todos los periódicos. En vano seguía el curso de las elecciones para diputados á Cortes. En vano buscaba noticias de canalizaciones. En vano esperaba oír hablar de granjas-modelos y exposiciones universales. Nada; el soñador sempiterno, el proyectista universal no daba señales de vida.

—Se habrá ido allende los mares á plantear alguna de sus gigantescas concepciones, me dije. Quién sabe si á estas fechas será el primer plantador de la Virginia, ó si su ingenio habrá acaparado los *regencies* cubanos, ó si habrá dejado sin piedras preciosas el Brasil, ó habrá extraído hasta el último quilate de las minas de California.

Haciendo estas reflexiones llegó á mis manos una carta que me hizo estremecer.

El contexto era tan lacónico como desgarrador.

Decía así:

«Ven. Te espera tu amigo,

CALISTO.

*Hospital General.*»

Las señas de la morada de mi amigo me hicieron comprender todo el espantoso de su situación.

Cuando llegué hasta su lecho estaba dulcemente resignado á morir. Me acogió con una de esas miradas postizas que resumen en un punto toda una existencia. Aquella mirada era la evocación de nuestra antigua amistad.

—¡Ingrato! le dije. ¿No haber pensado en que mi lecho es de mis amigos!

Trajín y Polvorosa perfiló en sus labios una sonrisa indefinible, y atrayéndome hacia sí, murmuró á mi oído con voz débil.

—¿Perdóname!

Esta fué la última palabra que pronunció. Cuando las lágrimas me dejaron ver con claridad, observé que Calisto había dejado un papel entre mis manos.

¡Pobre amigo mío; murmuré, no atreviéndome á crear la espantosa verdad que tenía delante de mis ojos! ¡Pobre amigo mío! Tú, heredero de una fortuna tantas veces deshecha y tantas veces salvada del naufragio en el inmenso mar de tus proyectos, ¿es posible que yaces aquí, en miserable lecho, sin más compañía que mi compasión!

Instantáneamente quedó desdoblado ante mi vista el papel que acababa de legarme la muerte. En su centro

había escrito en gruesos caracteres el siguiente adagio, que daba cumplida respuesta á mis tristes reflexiones:

«*Quien mucho abarca poco aprieta.*»

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

## BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

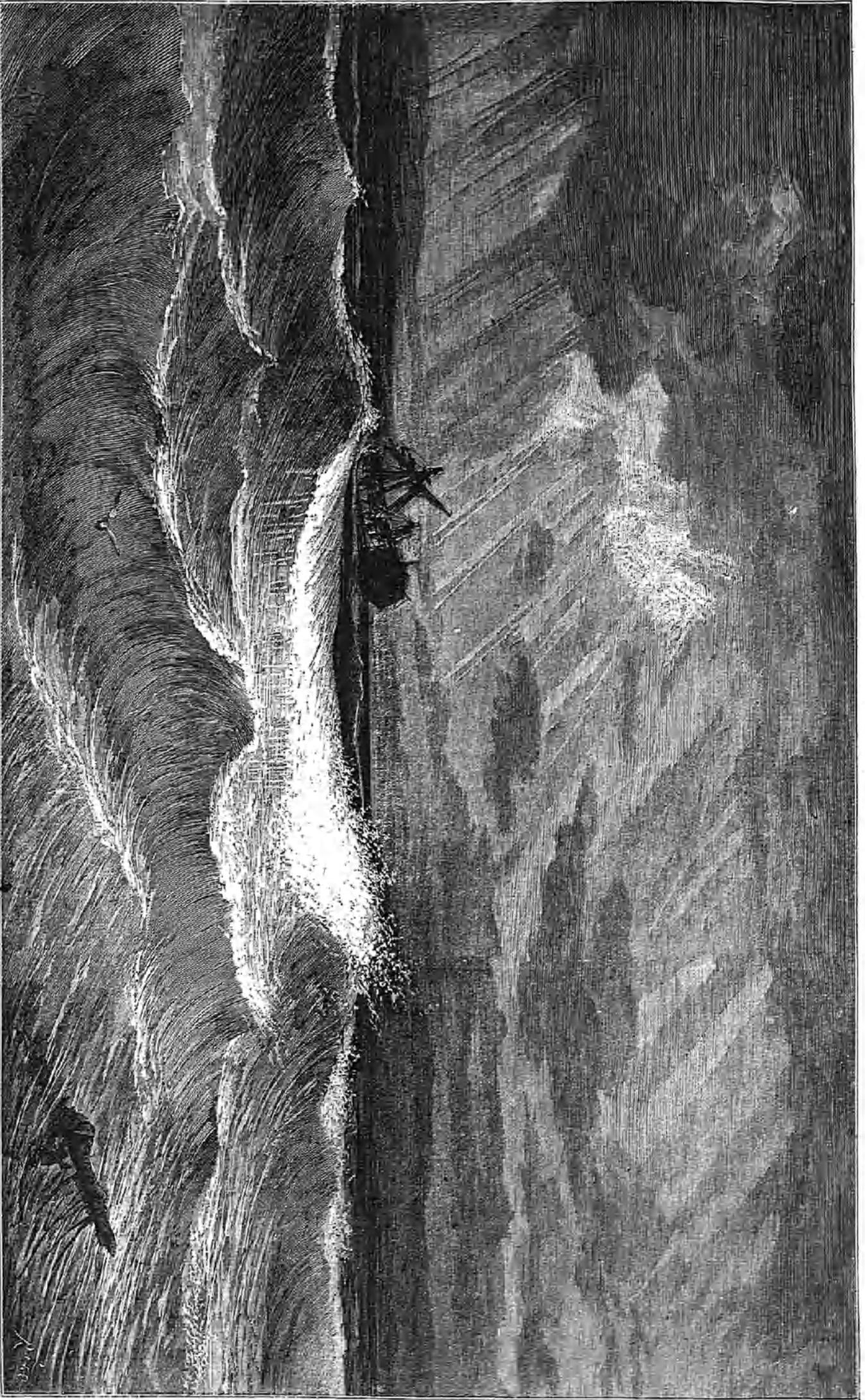
HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO DE LA ESCUELA POÉTICA SEVILLANA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, POR DON ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGUELLES.

Madrid, imprenta de Galiano, 1871.—En tomo de 1.<sup>o</sup> mayor, de más de 350 páginas.

Admiramos, y no poco, que un libro escrito con la abundancia de datos, con la firmeza y el acierto de juicios, con la galanura y corrección de estilo que el debido á la erudita pluma del Sr. D. Angel Lasso de la Vega; libro que fué premiado por *voto unánime* de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en concurso público, y conceptuado por la Española digno de ser publicado á costa del Gobierno, lleve en su portada el modesto dictado de *memoria*, cuando resplandecen en él todas las condiciones de un libro, y de un buen libro, todas las dotes de una obra, en su género, perfectamente concebida y llevada á cabo. No suponemos por cierto que el dictado de *memoria* que aparece en la portada de este interesante libro, sea debido á la exagerada modestia del demasiado modesto autor de tan precioso volumen, sino más bien al natural temor de la Academia Sevillana de que no hubiese hoy escritor alguno bastante capaz para presentar un libro, si un libro se pedía en el programa del concurso. Pidiéss, pues, por aquella docta corporación indudablemente una *memoria*, un breve ensayo sobre la historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII, y resplandeciendo el Sr. D. Angel Lasso de la Vega á tan patriótico y levantado llamamiento, no se contentó con presentar una *memoria* sino que escribió un libro, y su libro fué premiado por *voto unánime*. ¿Por qué, pues, no se estampaba en la portada OBRA PREMIADA, en vez de *memoria escrita*?

No sólo trata el Sr. Lasso de la Vega la historia de la poesía sevillana en los siglos XVI y XVII, sino que trayendo á sus páginas interesantes precedentes, examina el estado de cultura y prosperidad que había alcanzado anteriormente la nación española, las vicisitudes porque pasaron las letras desde la época de los Césares hasta su renacimiento. No se detiene demasiado en los tiempos primitivos, porque no lo requiere el tema que se le ha dado, ni el plan que de antemano trazara para su libro; pero nos dice lo bastante para recordar la influencia del imperio romano en la cultura española. Tampoco entra en detalles, que no son por cierto de su propósito, al ocuparse de las tres centurias en que avasallaron al pueblo hispano las razas septentrionales, pero nos manifiesta cómo en tan calamitosa época permaneció encendida en el retiro de los alcázaros la autoridad del saber humano. Absteguan el prestigio de las ciencias y de las letras, Yuvenco, Prudencio, Draconio, Orenco, Leandro, Isidoro, Eugenio, Ildefonso y otros vates, celosos defensores de la Iglesia, y fundador alguno de muy docta escuela literaria. Así recorre el autor aquellos primitivos periodos, y llega á la invasión africana que asegura influyó favorablemente en nuestra literatura. «En los últimos años del siglo XII y los primeros del XIII comenzaron, dice el Sr. Lasso de la Vega, á tomar un carácter más genuino las letras castellanas. En el segundo de aquellos ocupó el trono de Castilla y de Leon Alfonso X, llamado justamente el Sabio, cultivador de las ciencias y de la poesía y su digno protector, siendo de notar el aprecio que hizo de los productos del ingenio de sus enemigos en las armas, estableciendo en Sevilla cátedras donde se estudiase las obras escritas en lengua árabe, y disponiendo la traducción de éstas al idioma castellano, menos distante ya de su perfeccionamiento... Pero si bien despues de la muerte de Alfonso el Sabio cayeron en decadencia las letras andaluzas, parece que la musa castellana quería reanimarse en el último tercio del siglo XIV.

Al llegar á este punto, nos pinta el autor la renovación del gusto literario por la influencia ejercida en Italia por el Dante; enumera los lisonjeros resultados que obtuvo la poesía castellana; nos dice lo que hizo el célebre trovador miser Francisco Imperial, que aunque natural de Génova, *moraba en Sevilla*; ocupase de la escuela literaria seguida con ardor por los ingenios que florecieron en las cortes de D. Juan I y Enrique III,



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

UNA HORDASCA EN EL MAR DEL NOROYE.—CUADRO DE DON RAFAEL MONSIEON, DIBUJO DEL MISMO.

y citándonos mil diversos y eruditos poetas sevillanos, nos cuenta sus laudables hechos, y nos expone sus literarias bellezas. Así llega el autor al siglo xv, en que «la afición al arte de trovar, se extendió rápidamente hasta el vulgo.» El siglo xv estaba destinado, en efecto, á ejercer una gloriosa revolución en el arte.—«Grandes elementos, dice el Sr. Lasso de la Vega, se reunían en él para este fin: por donde quiera cundía el sentimiento poético en nuestra Península. Los trovadores de Aragón, Cataluña y Mallorca, tan cultivadores del *gay saber*, emulaban en ardor con los de Castilla. Desde esta época parte el gran desarrollo de la literatura patria. El siglo xv, precursor del de oro, deja á éste una

línea de este artículo, siguiendo al Sr. Lasso de la Vega, el genio de los vates sevillanos, tan variado, tan profundo, tan clásico, que cultivó todos los géneros? «Ya, dice el autor, arranca de su lira los dulces acentos de la égloga; ya los melancólicos de la elegía; ya los vehementes y apasionados de la oda; ya los graves y majestuosos de la epopeya. Muéstrase en el Parnaso de la hermosa ciudad que es madre de la inspiración, el poeta filósofo, el elevado, el religioso, el agudo y festivo, el popular autor de romances, el dramático innovador y aquel que en los mejores tiempos de la escena patria consigue alcanzar el aplauso y un renombre merecido. En casi todos ellos se admira la espontaneidad,

«Los rasgos más característicos de esta escuela, continúa el Sr. Lasso, son además del buen gusto que preside en todas sus obras, esa propensión de las imaginaciones ardientes y meridionales de sus discípulos, á idealizar, á revestir con las más brillantes galas los cantos que le inspira la naturaleza, á la que, como dijimos, tan apasionados parecían. El sentimiento religioso que tanto predomina en los artistas del suelo sevillano, que se hace casi exclusivo en el *píntor del cielo* y los seguidores de su célebre escuela, se advierte también de un modo notable, en los vates paisanos suyos, que en más de una ocasión alternan en sus himnos, ora arrebatando sus acentos á la lira del clásico pagano,



38. MM. LOS EMPERADORES DEL BRASIL.

magnífica herencia de gloria, y anuncia ya las grandes conquistas del saber y de la inteligencia que han de caminar unidas al poderío y esplendor nacional, y simboliza toda la grandeza y audacia del carácter español en una augusta princesa, llamada por sus virtudes y por su razón magnánimo á ocupar un lugar eminente en la historia patria.—Fácil es comprender que se refiere el Sr. Lasso á la celebrada por tantos conceptos doña Isabel I, y así es que después de manifestarnos el impulso dado á las letras durante el reinado de D. Juan II, nos pone de relieve con mil diversos datos y acertadísimos juicios la influencia que el reinado de los monarcas Católicos tuvo también en los buenos estudios. Referimos al historiador el nacimiento de las escuelas salmantina y sevillana, y su emulación entre ambas; las controversias escolásticas á que dieron lugar; las tendencias de la última, influida por el elemento poético oriental, y por fin entra á ocuparse de lleno de los insignes vates que ocupan distinguido puesto en la escuela poética de Sevilla durante los siglos xvi y xvii. Herrera, Rioja, Alcalá, Jáuregui, Cueva y tantos otros esclarecidos poetas, dan motivo al Sr. Lasso para extenderse en numerosas comparaciones, prudentes juicios y acertada crítica de todas sus obras y composiciones. Imposible es seguir al autor á tan vasto campo, y más imposible dar aquí idea de la manera fácil y brillante como marca las bellezas de tan diversas producciones poéticas. ¡Cómo es posible quilatar en las breves

la viveza de imaginación, el estilo brillante innato en los hijos de tan fecunda comarca, apasionados de la naturaleza que estudian, en que se inspiran, y que con tanta verdad y galanura retratan.—«El carácter de la poesía sevillana se manifiesta con su mayor sublimidad y fuerza en sus dos mejores representantes, á quienes consideramos fundadores de su escuela: en el *divino* Herrera y en el tierno y filosófico Rioja. El primero crea una entonación vehemente, enérgica y expresiva, establece un dialecto poético que arrebató y seduce; y ya cante con menos pasión que grandilocuencia á la hermosa Eliodora, ya emule á los clásicos de la antigüedad en su acertado lirismo, ya celebre la victoria de Lepanto, siempre aparece como el padre é iniciador de aquella famosa escuela. Rioja es el poeta privilegiado que perfecciona su obra admirable: es el varón docto que camina con pié seguro por la senda indicada por aquel genio, enseñando á sus compatriotas hasta dónde es susceptible de mejora y regularidad el estilo literario de su insigne antecesor, con su delicado gusto y su clara inteligencia. Al hablar de la escuela poética sevillana, no es posible dejar de nombrar unidos á estos dos vates ilustres; porque entrambos la personifican y le prestan los timbres más gloriosos. Ya hemos visto el número no escaso de sobresalientes ingenios que siguieron sus huellas y dieron honra y prez, no sólo á la ciudad hispalense, sino á otras del suelo andaluz y de las demás provincias de nuestra España.»

«En sus bíblicas melodías al arpa del poeta hebreo. Muéstrase una tendencia marcada en la escuela de Sevilla á formar y fijar la dicción y el estilo poético, con laudable estudio; perfeccionándose de tal modo, que no sólo consiguen caracterizarse por ello, sino que alcanzan el honroso triunfo de verse imitada y reconocida como maestra por esta circunstancia, por muchos ingenios que son la prez de otras provincias españolas. La vigorosa entonación de lenguaje poético, su riqueza, su pompa, su galanura en la forma llena de majestad, su armonía encantadora, ya cante á la divinidad, ya al amor exaltado ó apacible, ya á la naturaleza fértil y fecunda de un suelo alfombrado de flores, bien con los acentos de la pasión, de la melancolía, sean vehementes, tiernos, filosóficos ó cristianos, resaltan siempre en la buena y genuina escuela sevillana, exenta de falso brillo y amaneramiento, y ganosa de sobresalir por su originalidad. Por todo esto, pues, ha sido tan notable la influencia que ha ejercido en general sobre la poesía castellana.»

De propósito hemos querido copiar estos párrafos del Sr. Lasso de la Vega, no sólo para que se vea cuál es su criterio en el tema que forma el asunto de su importante libro, sino también la facilidad, la inteligencia, mejor dicho, la maestría con que el lenguaje está manejado por este joven autor, de quien las letras patrias pueden esperar con fundamento nuevos y no menos sazonados frutos. Pero no es sólo la historia y

juicio crítico de la escuela poética sevillana la que contiene la obra del Sr. Lasso: forma en ella una segunda y curiosa parte el Diccionario crítico, biográfico y bibliográfico de los poetas sevillanos de los siglos XVI y XVII, en que se da cuenta de la vida, obras y trabajos literarios de más de ciento cincuenta de aquellos, con gran copia de noticias, trozos de sus poesías más notables y juicio de su respectivo mérito. Repetimos; en suma, que no es una memoria, sino un libro, lo que ha escrito el Sr. Lasso de la Vega, acudiendo al patriótico llamamiento de la Academia Sevillana de Buenas Letras; y si el autor de la obra que nos ocupa merece nuestros sinceros plácemes por el acierto con que ha desempeñado su tan delicado como difícil trabajo, no menos debe darse la más cumplida enhorabuena á la referida Academia por su gusto en difundir las bellas letras, patrocinando obras dignas, y promoviendo concursos públicos en que los cultivadores de los estudios literarios puedan alcanzar envidiables aplausos.

FLORENCIO JANER.

## VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA.

El pensamiento de este gran proyecto se remonta á la segunda mitad del siglo pasado. Con las variaciones que trae naturalmente consigo el tiempo transcurrido, el aumento de poblacion, los diferentes usos y costumbres de la sociedad actual y el adelanto de las ciencias y las artes, en el año de 1859 el ingeniero D. Eugenio Barron presentó el proyecto que se está llevando á cabo. A las antiguas y costosas obras de ornato y embellecimiento que, por medio de un puente de piedra en la hondonada de la calle de Segovia, tenía que servir de base para prolongar la galería del Real Palacio hasta las Vistillas, limitando por aquella parte la villa de Madrid, accedió la idea, más provechosa para los intereses generales y la pública viabilidad, de prolongar la calle de Bailén desde la plaza de San Marcial hasta la San Francisco, para continuar luego esta interesante arteria, terminando en la puerta de Atocha frente á la estación del ferro-carril.

Los cálculos para el establecimiento del viaducto se hicieron en primer término, proyectando uno de piedra como tipo y dos clases de construcción de hierro; resultando preferible el moderno sistema del empleo de este último material que, bajo la forma de una hoja de metal que se enlaza y une por medio de otros hierros de figuras especiales, abraza grandes amplitudes. Así se proyectó atravesar desde la calle Mayor hasta la de la Morería con un viaducto de palastro de tres tramos, de 30 metros el central y 40 los dos laterales; que con los muros de sostenimiento miden una longitud total de 200 metros. Este sistema fijo y de una rigidez á toda prueba, es mucho más económico y tiene la ventaja de unir las dos expresadas calles, sin necesitar más que dos ligeros apoyos intermedios, que nunca podrán servir de obstáculo para las alineaciones y construcciones que quieran establecerse más adelante.

En los estudios hechos para el establecimiento del viaducto de hierro que constan en la memoria del proyecto á que nos referimos, se detallan las dimensiones de las partes componentes, de modo tal, que el hierro, como máximo esfuerzo, no sufrirá más que el que prudentemente se ha asignado como límite, siendo una de las condiciones del contrato que ha de aguantar la carga de 400 kilogramos por metro cuadrado, lo cual, atendido el tránsito que ha de experimentar el puente, es una carga de prueba excesiva, que queda, sin embargo, muy inferior al máximo de resistencia de la unidad superficial de la materia.

La latitud del viaducto es de 18 metros, de los que 8 se destinan para la circulación de los carruajes y los 5 restantes se distribuyen en dos andenes de dos y medio metros á cada lado de la vía para el tránsito de las personas. El pavimento se eleva sobre la calle de Segovia 23 metros.

El sistema empleado, como el más resistente y recomendado en la época de la formación del proyecto (año de 1859), es el de palastro, esto es, de pared vertical formada por la chapa de hierro que une la cabeza superior é inferior de la viga ó cercha, con cuya disposición se proporciona grande rigidez y se equilibra, digámoslo así, en cada sección el esfuerzo de compresión con el de tracción. En aquella época el sistema de puentes de celosía, aunque sin disputa más ligero y elegante, inspiraba algunas inquietudes, llegándose á decir que en el célebre puente de *Boitania*, en el estrecho de Menai

y en otras atrevidas construcciones que entonces eran recientes, se observaba en los roblones, que son los elementos resistentes del sistema, que la sección circular del taladro tendía á ser elíptica, afectando el eje mayor de la figura la posición vertical. Esto manifestaba que el roblonado iba cediendo al esfuerzo, é indujo á temer del sistema; hasta que después el tiempo que ha transcurrido y la constante observación de los efectos del tránsito, ha venido á aclarar esta incertidumbre. Por estas consideraciones ha dicho el autor del proyecto, que si bien entonces quedó satisfecho proyectando el viaducto con chapa, después de pasado este tiempo y desvanecida la duda, si le hubiera sido posible hoy haber un nuevo proyecto en lugar del *contratado y ya construido*, hubiera estudiado un viaducto del sistema de celosía ó enrejado, ó hubiera hecho con preferencia aplicación del moderno sistema inglés conocido con el nombre de *Bow-Strings*.

La prolongación de la calle de Bailén hasta la de San Francisco, sura, á no dudarlo, una de las más importantes vías de la corte. La moderna edificación en una anchurosa calle de 30 metros de latitud, cambiará por completo el mal aspecto de aquellos apartados barrios de la población, comunicándolos directamente con los del centro, de quienes están todavía más separados por sus costumbres y modo de vivir que por su posición topográfica.

La línea es además hoy indispensable, porque enlazando las estaciones de los caminos de hierro del Norte y Mediterráneo por el interior de la población, desenvuelve y facilita los medios de transporte que reclama el movimiento mercantil de los almacenes y depósitos situados en el Oeste de la corte.

Siendo gobernador de la provincia de Madrid el excellentísimo señor marqués de la Vega de Armijo, y alcalde corregidor el Excmo. señor duque de Sexto, tuvo efecto el proyecto de este pensamiento, debido á la iniciativa y decidido apoyo que le prestaron siempre tan dignas autoridades.

Tropezando, sin embargo, con entorpecimientos de distinto género que no es del caso enumerar, y apesar de los más constantes deseos, no pudo obtenerse hasta agosto de 1861 la aprobación superior, y la consiguiente declaración de la obra de utilidad pública.

Este fué, pues, el primer paso dado en la ejecución práctica del proyecto, al que siguieron otros trámites en el expediente, hasta que en 30 de noviembre de 1862 se publicó en el *Boletín oficial* de la provincia de Madrid el estado de las expropiaciones que debían practicarse para construir la obra, contando con que dicha expropiación había de comprender una zona de 30 metros aprobada para la nueva vía por la Junta consultiva de policía urbana y edificios públicos.

En fin de diciembre del mismo año de 1862, ante el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, se subastaron las obras de fábrica y el material de hierro para el viaducto.

Se efectuaron dos actos separadamente, y con la oportuna anticipación se mandaron los proyectos de la parte metálica del viaducto y los pliegos de condiciones facultativas á los representantes de España en Francia, Bélgica é Inglaterra, á fin de que, llegando á noticia de los constructores de aquellos países, pudieran interesarse en su ejecución. Este medio fué tan eficaz, que se presentaron el día de la subasta veintinueve proposiciones, nueve de ellas eran de fabricantes y comisionados españoles de Madrid, Barcelona y Sevilla y las demás de reputadas fábricas de Francia, Bélgica é Inglaterra, quedando adjudicado el remate á la conceida constructora de Parent Schaken, Caillot y compañía y F. F. Cail en París, que tantos y tan atrevidos puentes tiene establecidos en nuestras líneas de caminos de hierro.

No fué menos feliz el éxito de la subasta de las obras de fábrica; se presentaron veinte proposiciones y quedó admitida, como la más beneficiosa para los intereses municipales, la de D. Anastasio Abascal.

La casa constructora procedió á la ejecución del viaducto de hierro, y aunque no se apresuraron los trabajos porque se veía que la tramitación de los expedientes de expropiación marchaba con suma lentitud y se dificultaba su resolución, estando ya concluida la obra metálica en los talleres, se expidió en el año 1864 el certificado del primer plazo del pago de la contrata.

En tanto que se vencían las resistencias pasivas que con constante insistencia se iban presentando, para poder comenzar los cimientos de las pilas y estribos del viaducto, se practicaron algunas expropiaciones de las casas situadas en la línea de la nueva calle, que importaron más de cuatro y medio millones de reales, resultando que hasta fin de setiembre de 1863, se habían in-

vertido en esta obra 5.202.690 reales por todos conceptos.

Desde el siguiente mes de octubre, y por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento popular, comenzó el segundo periodo de ejecución de esta obra, al cual cabe la gloria de terminarla. Se practicaron los derribos de los edificios que impedían la construcción de los cimientos de las pilas y estribos del viaducto, los de las casas de la plaza de la Armería y de la iglesia de Santa María, y acometiendo el desmonte de la calle en la parte posible, se indicó la explanación de la vía proyectada, conforme hoy se halla, convirtiendo en un bonito jardín las desigualdades del terreno inmediato.

Primeramente se empleó en los trabajos de desmonte el peonaje por administración; pero pronto se organizó el sistema de contrata, por cuyo medio se han hecho luego los desmontes de la plaza de la Armería, la excavación de los cimientos, la saca de las tierras procedentes de las excavaciones y la fábrica de hormigón, que son los trabajos que constituyen la obra del viaducto.

Sobre las pilas de sillería se están sentando los apoyos metálicos que han de sostener los tramos de hierro.

Los estribos se encuentran también concluidos y no se pueden continuar los muros que han de servir para unir el viaducto con las calles á que desemboca, porque todavía no está hecha la expropiación de las casas inmediatas á quienes afecta la línea del proyecto.

El importe de las obras hechas en este segundo periodo desde fin de setiembre de 1863 hasta el de diciembre de 1871, asciende á 1.717.110 rs., y por lo tanto, lo gastado por todos conceptos en esta construcción suma en la última fecha 5.920.000 rs.

Para conocimiento de la importancia de esta obra y de la expropiación que ha de practicarse para obtener la prolongación de la calle de Bailén hasta la plaza de San Francisco, diremos que, según cálculo aproximado, el total de la expropiación ascenderá á Rvn. 16.616.730 De los cuales hay satisfechos. . . . . 4.739.890 Pendientes de abono. . . . . 3.263.960 Sin expropiar y que se calcula abradamente en. . . . . 8.612.880

Es indispensable efectuar desde luego las expropiaciones de las casas números 1 de la manzana 443, la parte correspondiente señalada en la manzana 191 y en la 141, sin lo que ni puede prolongarse la nueva vía, ni tampoco terminar los muros laterales que, arrancando de los estribos, tienen que elevarse hasta empalmar con las rasantes de las calles Mayor y Morería.

En el estado actual de las cosas es urgente terminar esta obra; al ménos debe hacerse la prolongación de la calle de Bailén hasta el viaducto, dejándola establecida sobre sus apoyos para comunicar directamente con el barrio de las Vistillas. Practicado este urgente y por tanto tiempo desahogado paso, puede irse con lentitud dejando para más adelante las expropiaciones que requiere el tránsito público, á fin de completar la línea desde las Vistillas hasta San Francisco.

La casa constructora, en cuanto cobró el segundo plazo, dispuso que el material de hierro del viaducto, que desde el año 1862 se hallaba en los talleres de Fives-Lille, se condujera á España al pié de obra, lo cual se ha verificado, llegando al puerto de Alicante un peso bruto de más de 700 toneladas de distintas clases de hierro.

A consecuencia de varias dificultades motivadas por el abono de los derechos de importación, que reclamó la administración de Aduanas de Alicante y que el Ayuntamiento de Madrid creyó no debía satisfacer, fundado en las condiciones del contrato aprobado por el ministerio de la Gobernación, por tratarse de una obra que no envuelve ninguna clase de especulación, sino únicamente la mejora y embellecimiento de la capital, estuvo detenido el material en el puerto, sin poder llegar á su destino, hasta que las Cortes, por medio de una ley especial en 3 de julio de 1871, facilitaron esta cuestión arancelaria.

Recibido el material al pié de obra, el Excmo. señor Alcalde primero dispuso que se verificase el pago del 50 por 100 de la contrata, con arreglo á las condiciones estipuladas, y desde este momento el representante de la casa constructora, con toda diligencia, ha empezado á acopiar y labrar las maderas que han de formar el andamaje para colocar el tramo metálico del lado de las Vistillas, á armar los hierros que sobre las pilas de fábrica constituyen los apoyos del puente.

La operación del montaje continúa con gran actividad; es posible que en fin de marzo próximo se hallen entendidos en su sitio los tres tramos del viaducto, y en disposición de servir para el paso público.

El día 31 del pasado mes de enero, y en virtud de la atenta invitación que nos había dirigido el Sr. Alcalde

popular de Madrid, presidente del Ayuntamiento que acaba de cesar, tuvimos el gusto de asistir al acto oficial de la colocación en la pila izquierda del viaducto de la calle de Segovia, de la primera gran pieza de hierro ó cojinete de los que deberán servir de apoyo inmediato al gran tramo central de la obra.

El caloso Alcalde primero, Sr. Galdo, se había propuesto, antes de cesar en su cargo, reunir á los concejales salientes con los nuevamente electos para componer el Municipio que al día siguiente había de funcionar en Madrid, y hacer una visita á las obras del viaducto, de despedida para los primeros y de inauguración para los segundos. Sirvió de motivo para la reunión de ambas corporaciones la colocación de una de las piezas de hierro que acabamos de indicar y que consiste en un paralelepípedo sólido, como de unos dos metros y medio de longitud, correspondiente al tramo del viaducto entre el estribo y la elegantísima pila ya levantada del lado de la Morería. Este primer tramo tiene una luz ó claro de 40 metros de longitud, y á ésta seguirá luego el central de 50 metros y el otro lateral como el primero y de 40 metros también, que se apoya en el estribo inmediato á la casa del marqués de Malpica.

El Alcalde primero había invitado para esta ceremonia, además de los señores concejales de los dos Ayuntamientos referidos, á los señores arquitectos municipales y empleados facultativos del Municipio; á los Excmos. señores marqués de la Vega de Armijo y duque de Sesto, Gobernador de Madrid y Alcalde corregidor que eran respectivamente en la época en que se formuló el proyecto y que lo apoyaron con decidido empeño; al Ilmo. Sr. D. Carlos María de Castro, ingeniero autor del proyecto de ensanche y presidente de la Junta consultiva de Obras públicas; al Ilmo. Sr. Meoñero Romanos, distinguido cronista de Madrid, y á los señores directores de los periódicos políticos y científicos que se publican en esta corte.

Favorecida por un hermoso día, pudo la lucida concurrencia que asistió á este acto pasar desde el estribo á la pila metálica, por un espacioso piso enmaderado, el mismo que ha de servir de andamio resistente para armar el primer tramo del viaducto. A uno de los lados, y en el pretil de madera que limitaba el andamio, estaban expuestas las planas de la obra en conjunto, con el rompimiento de las manzanas que formarán la nueva vía, los del viaducto contratado con la acreditada casa de M. Parent y compañía, y todos los detalles necesarios para formar un cabal juicio de la obra; completando la idea las explicaciones que el ingeniero autor del proyecto inspector general del cuerpo de caminos D. Eugenio Barron, y director de las obras municipales, daba en el acto á cuantos le preguntaban, así como también lo hacía con fina atención el representante de la casa constructora M. Laville.

Después de colocada en breves momentos la gran pieza de hierro, el Alcalde primero se dirigió á los concurrentes refiriéndoles los grandes obstáculos que ha tenido que vencer el Municipio hasta ver las obras en el estado en que se encuentran, tributando un recuerdo de gratitud al Ayuntamiento de 1853, que reformó el proyecto primitivo iniciado en el siglo anterior, y escutando al futuro Municipio á que contribuya cuanto le sea posible á la terminación completa de tan importante vía; terminando por dar las gracias á todos los concurrentes por su asistencia. También manifestó el Sr. Galdo que el Ayuntamiento entrante sólo tendrá que satisfacer 300.000 rs. cuando se termine el montaje, por estar satisfechos los demás plazos de la contrata.

El Sr. marqués de Sardoal, en nombre de los concejales electos presentes, usó de la palabra para dar las gracias por su celo y actividad al Ayuntamiento que venía presidiendo el Sr. Galdo, ofreciendo continuar y aun terminar, si posible fuera, las mejoras iniciadas.

El ingeniero Sr. Barron manifestó que todas las dignas corporaciones municipales que desde el año 1853 en que formuló el proyecto se habían sucedido han contribuido al éxito de esta obra, conforme las exigencias de otros servicios importantes lo permitían. Sin embargo, el pueblo de Madrid tiene que recordar con gratitud dos fechas: la del año 1853, en que el Municipio dispuso la embarga de la construcción de las pilas y estribos del viaducto, y la de la parte metálica del mismo, dando el primer paso con este acto en la ejecución práctica del proyecto; y después la de 1868, en que el Ayuntamiento popular ha prestado su activa cooperación á esta obra construyendo lo que hoy existe, y muy especialmente el que presidia el digno Sr. Alcalde presente, á cuya enérgica decisión se debe el haber efectuado, salvando grandes dificultades, el pago del tercer plazo al contratista, para comenzar el montaje que se está llevando á cabo.

«Cumplo gustoso, dije al concluir el Sr. Barron, un deber de justicia y de gratitud, al manifestar con lealtad la verdad de los hechos, y lo hago con tanta más satisfacción, cuanto que en este género de ideas cabe siempre gloria para las corporaciones que inician el pensamiento, para las que las desenvuelven y realizan, y para las que, como sucederá al nuevo Ayuntamiento dentro del plazo de tres meses, verificarán la verdadera inauguración del viaducto, realizando el por tanto tiempo deseado momento (en que sea un hecho la comunicación directa de los barrios del centro con los del Oeste de la corte, enlazando más tarde, como complemento del pensamiento, las estaciones de los ferrocarriles del Norte y Mediodía.»

## MODAS.

Madrid 3 de febrero de 1872.

Empiezan ya á hacerse salidas de baile y de teatro más ligeras que las usadas hasta el día y en los meses de noviembre, diciembre y enero: lo riguroso del invierno ha pasado, y el paño, el castor y las pieles han perdido algo del favor que en los tres últimos meses han disfrutado.

Una de las creaciones más lindas para la bella estación primavera que no tardará en aparecer, es una talle de merino blanco, adornada de plegados de gros, blanco también; el borde está guarnecido de un volante ligeramente fruncido; la pegadura está cubierta con un plegado de gros, sujeto por la mitad con un pequeño bias; bajo el volante de merino se cose un ancho fiaco de seda blanca, torcida.

Esta elegante confección lleva un gran cuello cuadrado y guarnecido de plegado y fiaco; se puede forrar con florencea de color; pero el forro blanco es mucho más elegante: en el medio del cuello, por detrás, lleva un lazo de cinta blanca con largas caídas.

La misma confección se hace también de marino grueso, adornada con plegados y flecos del mismo color, y negra, bordada con sedas de colores fuertes.

Para la primavera se preparan trajes de visitas y paseo, que constan de primera falda de gros negro, adornada sólo de un volante muy ancho, y de segunda falda y paletot de raso de lana verde-mirto ó castaño subido; el paletot, un poco entallado y no muy corto, tiene una forma elegantísima, y la manga casi ajustada.

También se hacen trajes completos de gros negro y estampado de margaritas, pensamientos y otras flores sueltas: el género Pompadour vuelve á estar en gran favor.

En París está haciendo gran fortuna la joya llamada Alsacia-Lorena; es una alhaja con las armas de las provincias que han pasado á ser de los alemanes, y con emblemas simbólicos.

Dicha joya tiene diferentes formas: he visto un bocado ó alfiler que acaban de remitir de allí para una amiga mía recién casada, y que es un conjunto deslumbrador de brillantes, rubies, esmeraldas y tirzetas; una guirnalda de hojas de hiedra, que en el lenguaje de las flores quiere decir—«me muero donde me apoyo»,—está formada de esmeraldas, y se mezcla á otra guirnalda de myosotis, hecha con turquesas, y que significan—«no me olvides»;—las flores de lis de Francia, trabajadas en brillantes, se destacan sobre fondo de oro, y los escudos de las provincias Alsacia y Lorena están esmaltados de colores, enriquecidos de pedrerías y superados por una corona ducal.

Hay también medallones alegóricos: me hablan en una carta de uno de esmalte negro, enriquecido de pensamientos y de myosotis en pedrerías, y que tiene por ambos lados los escudos de las provincias perdidas para la Francia: este medallón está pasado en una ancha cinta verde, con esta divisa en letras de oro:—«¡Fran- cia... espera!».

Otra joya en forma de corazón me describen, de una belleza extraordinaria: sobre fondo negro, y rodeada de hiedra y myosotis, se ve esta leyenda:—«Nada podrá romper el lazo que nos une»;—el corazón está superado por el monograma A. L. formado con gruesos brillantes.

Todas las jóvenes desposadas de la Alsacia y la Lorena hacen comprar en París una alhaja de esta clase: hay además de los grandes broches y medallones, más grandes que se han usado jamás, para que lleven todos esos emblemas, brazaletes, botones de mangas y sortijas adornadas en el mismo estilo; yo no sé si admirar más la sangre fría con que los franceses explotan su des-

gracia, ó el nierno recuerdo y el inmenso pesar que estas joyas expresan: como todas las cosas de la vida, la invención de las joyas simbólicas tiene dos fases completamente distintas, y cada uno puede apreciarla á su manera y según su modo de pensar.

Hablemos del más delicioso traje de visita que se puede imaginar, y que sirve también para convite y recepción de confianza.

Es de piqué de seda gris-tórtola: la primera falda, que tiene sólo media cola, está adornada con un gran volante, puesto á tablas profundas, y sostenido por un bias de terciopelo azul subido; de este bias sale una cabeilla también encajonada.

Segunda falda, adornada con dos volantes pequeños, separados cada uno con dos biases de terciopelo azul: esta falda está cortada en pico por delante y por detrás, y el adorno sigue la misma forma.

Chaleco de terciopelo azul, escotado por delante, y formando largo peto.

Casaca de la tela del vestido, con grandes solapas de terciopelo azul, y adornada al derredor con volante y bias: esta casaca forma en el pecho un escote redondo, del gusto más nuevo y elegante, y se cierra con un lazo de terciopelo azul.

La manga, ajustada hasta el codo, lleva desde éste un ancho volante plegado y sujeto con dos biases de terciopelo azul, de los que sale una cabeilla.

Mangas plegadas y camiseta interior de tul blanco, y lazo azul de terciopelo en el peinado.

En uno de los más aristocráticos bailes que van á tener lugar pasado carnaval, se lucirá un maravilloso traje de terciopelo amatista, raso del mismo color y encajes blancos, que han sacado de la inmensa caja en que lo ha entregado la modista, para que yo lo vea y pueda describirlo á mis amables lectoras.

La falda es de raso y de gran cola: en la parte inferior, el adorno consiste en un ancho volante, y sobre éste en grandes arecillas de encaje Chantilly, prendidas con los lazos de terciopelo color amatista, como el raso de la falda; la túnica, toda de terciopelo, es doble; la primera parte forma delantal, vuelve detrás en largos picos, y se anuda como las puntas de un chal: los bordes están guarnecidos de un rico encaje de Chantilly.

La segunda parte cae, igualmente guarnecida de encaje, en una espléndida drapería, y se oculta bajo el delantal.

El cuerpo, escotado en cuadro, se prolonga en largas aldetas formando picos delante y detrás, y se abrocha en el pecho con botones de perlas finas: en vez de bias, lleva este delicioso traje un fiché de Chantilly, prendido y drapeado en la espalda bajo un lazo muy grande de terciopelo, y en el pecho con un grupo de rosas de musgo, salpicadas de brillantes.

Un tazo de rosas iguales, mezcladas asimismo de brillantes, está preparado para los cabellos rubios de la encantadora joven que ha de llevar este traje.

El collar tiene quince vueltas de perlas gruesas: es decir, que llega desde fumar corbata hasta el talle, y lleva por delante suspendido de cada sarta un medallón guarnecido de brillantes: las dos últimas vueltas no tienen este adorno.

El traje, aun sin contar las joyas, ha costado una suma fabulosa, á causa de la inmensa cantidad de encaje que ha entrado en su confección.

De otro equipo de baile-as, que está destinado para una joven y que es tan sencillo como encantador: consta de un vestido de batmana blanca, salpicado de lunaretes de plata: la falda está toda bullonada; la túnica, unida al borde con una blonda blanca, se levanta en el costado izquierdo con una rama de rosa y de lirios acáticos: una cinta rosa, en la que hay pasado un medallón de oro guarnecido de perlas, constituye el sólo adorno del esbelta cuello de la joven, y otra rama de rosas se mezclará á los sedosos rizos de su hermosa y abundante cabellera, de matiz castaño, con reflejos dorados.

MARIA DEL PILAR SERRA DE MARCO.

## BOBRASCA EN EL MAR DEL NORTE.

Publicamos en la página 44 la copia de este bellísimo cuadro dibujada por el autor del mismo, el artista valenciano D. Rafael Monleon.

Esta obra figuró con el núm. 321, y obtuvo un premio en la Exposición de Bellas Artes celebrada recién-



FIGURIN DE MODAS.

temente en Madrid; en el día pertenece al Excmo. señor D. Ignacio Bauer.

Nada tenemos que añadir á lo que ya hemos dicho en otra ocasión acerca del mérito indisputable y de la composición, dibujo y color de esta marina, pintada por el Sr. Monleon en 1858, despues de dos años de asiduos y especiales estudios en Holanda, en Bélgica y en Inglaterra; pero no nos parece fuera de propósito revelar á nuestros lectores un dato en el que se encierra toda la historia del cuadro. Navegando el Sr. Monleon de regreso para su patria, le sorprendió en el Canal de la Mancha un temporal deshecho y tan duro, que hubo de emplear todo un día con su noche en hacer aquella travesía, para la que es sabido que ordinariamente bastan dos horas; en aquella tempestad se inspiró el entusiasta artista, y tan pronto como llegó á su estudio puso mano á la obra y comenzó á pintar ese cuadro que con justicia ha llamado la atención del público inteligente, y singularmente la de cuantos conocen los mares del Norte, cuyas amarillentas aguas (color que aconea el arenoso fondo de los mismos), están representadas con esmerpulosa verdad y con una energía de todos admirable.

X.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

*Saya de satín negro*, completa y perpendicularmente plugada. Vestido de terciopelo negro sin guarnición ninguna. Casaca de lo mismo (con chaleco idem), guarnecida con un rizado de satín negro; los hotones del chaleco son tambien de satín negro; las mangas de la casaca muy anchas; debajo de estas van otras del mismo terciopelo y ajustadas. La saya sólo se deja ver al levantarse el vestido.

*Vestido gris, color de malva, de Persia*, guarnecido á treinta centímetros de su borde inferior, con un volante de encaje negro, puesto liso por delante. Este volante se inclina desde los costados, de modo que por detrás viene á quedar á cinco centímetros solamente del borde inferior; dicho volante va fruncido. Encima de él un rizado de la misma tela del vestido. Segunda falda de igual tela abierta por delante y recogida hácia atrás, guarnecida como la primera con su volante de encaje con un rizado sobrepuerto. Cuerpo con aldetas cortas por delante y muy largas por detrás, guarnecidas igualmente con encaje; este cuerpo, abierto por delante, se guarnece con un encaje estrecho negro, debajo del cual va otro blanco. Las mangas, medio largas, se adorna

nan con un ancho encaje negro, y debajo de éste se va la manga blanca de muselina plugada. En la cabeza un lazo de encaje sostenido con un broche de perlas.

E.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Medio año.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »